

QVOD SVPERIVS

SICVT INFERVS

SCIENTIA
NVNQVAM
SILENT

HÆRESIS
ALIT
VERITATEM

EL ATLAS HERÉTICO

✱ TAROT DE LOS CIELOS PROHIBIDOS ✱

OMNIA MUTANTVR

NISI MYSTERIVM

ASTRA
DOCENT
QVI
AVDENT

IN
TENEBRIS
CLARIOR
VERITAS

GUILLERMO ISAZA FISCÓ

✱ PER ASTRA AD INTERIORA ✱

PRÓLOGO

EL MAPA QUE NO DEBÍA EXISTIR

*Hay mapas que indican un camino.
Otros esperan a que alguien se atreva a crearlo.*



Adrián Vale había dedicado cuarenta años a estudiar mapas y todavía no había encontrado ninguno que le pareciera completamente verdadero. No porque los cartógrafos mintieran, sino precisamente porque intentaban no hacerlo. Un mapa seleccionaba, callaba, reducía una montaña a una línea, un río a una curva azul y una frontera a una decisión trazada con tinta. Durante años había repetido a sus alumnos que todo mapa era una confesión involuntaria: revelaba tanto acerca del territorio como de quien había decidido representarlo. Aquella mañana recibió uno que no representaba nada.

El sobre estaba bajo la puerta de su apartamento de Barcelona. No tenía remitente, sello ni marca postal. Adrián lo recogió antes de preparar café y comprobó que contenía una sola hoja de pergamino auténtico. Eso fue lo primero que le molestó. Conocía demasiado bien la diferencia entre una imitación envejecida y una piel preparada siglos atrás; bastó deslizar los dedos por la superficie para reconocer pequeñas irregularidades, variaciones de grosor y cicatrices que ningún falsificador sensato habría invertido tiempo en reproducir.

Extendió la hoja sobre la mesa. En el centro había un círculo sin costas, ríos ni ciudades, solo veintidós marcas diminutas distribuidas alrededor de cuatro figuras geométricas. Las contó dos veces. En uno de los extremos aparecía una coordenada:

48° 51'

Debajo había otra, casi ilegible. Adrián acercó el pergamino a la ventana y descubrió que, cuando la luz atravesaba la piel, detrás de las líneas aparecía una segunda escritura. No parecía superpuesta; parecía formar parte del propio material.

Una sola palabra:

AELIUS

Giró el pergamino y buscó raspaduras, restauraciones, tintas diferentes. Nada. Volvió a colocarlo frente a la luz. El nombre seguía allí. No sabía quién era Aelius ni por qué alguien había enviado aquel objeto a su casa. Y detestaba profundamente no saber.

Dos horas más tarde había comprado un billete, consciente de que estaba cometiendo precisamente el error contra el que había prevenido a generaciones de estudiantes: seguir un mapa antes de saber qué clase de territorio pretendía representar.



A más de mil kilómetros, Lía despertó a las tres y diecisiete de la madrugada porque alguien llamó tres veces a su puerta. La primera llamada la incorporó en la cama; la segunda hizo que mirara el reloj. La tercera fue distinta: no pareció sonar contra la madera, sino en algún punto del interior de la habitación. Vivía sola.

Recorrió el apartamento descalza, sin encender las luces, y finalmente abrió la puerta. No había nadie. En el suelo descansaba una caja de madera oscura, sin cerradura ni marcas. Dentro encontró una pieza metálica del tamaño de una moneda grande. Tenía doce caras y pesaba más de lo que debería. Lía la hizo girar entre los dedos. En cada cara aparecía un signo diferente, aunque el desgaste apenas permitía reconocer algunos: dos peces, una balanza, una criatura con cuernos.

—Zodiaco.

Durante casi treinta años había trabajado con aquello que otras personas llamaban intuición. Conocía el lenguaje de los sueños, las coincidencias, los símbolos y los silencios; sabía también que la mente humana era extraordinariamente buena fabricando sentido cuando lo necesitaba. Por eso desconfiaba de la intuición precisamente porque la conocía. La pieza podía ser un modelo, una

prueba de fundición, parte de algún mecanismo o simplemente un objeto ritual. En el fondo de la caja encontró una tira de papel con una frase escrita recientemente:

NO LO ARROJES TODAVÍA.

Lía soltó una risa breve.

—Muy gracioso.

Estuvo a punto de cerrar la caja cuando distinguió una letra diminuta en una de las aristas del objeto:

A

Volvió a acostarse, pero no consiguió dormir. Al amanecer sabía exactamente a qué estación debía dirigirse. Lo inquietante no era saberlo.

Era que nadie se lo había dicho.



Baltasar Réviz no creía en milagros. Creía en materiales. El cobre se oxidaba, el hierro cedía, la plata ennegrecía y el mercurio se comportaba como si las leyes concebidas para los demás metales fueran apenas recomendaciones. Durante décadas había restaurado astrolabios, relojes astronómicos, instrumentos médicos, autómatas y objetos rituales cuya función original nadie recordaba. Algunos lo llamaban alquimista. A él no le molestaba: la alquimia, decía, podía haber cometido innumerables errores, pero al menos nunca tuvo miedo de ensuciarse las manos buscando respuestas. Su principio favorito era sencillo: cuando un objeto parecía imposible, casi siempre significaba que todavía no comprendíamos cómo funcionaba.

Una tarde, un anticuario de Lyon dejó sobre su mesa un disco de bronce ennegrecido por los siglos.

—¿Edad?

—No lo sé.

—¿Procedencia?

—Tampoco.

Baltasar alzó la mirada.

—Entonces todo lo que sabe de esta pieza cabe perfectamente en un bolsillo.

El hombre no sonrió.

—Por eso he venido.

El disco contenía varios anillos concéntricos. Algunos giraban; otros parecían formar una sola pieza. En el centro había un espacio vacío rodeado por doce pequeñas hendiduras. Baltasar trabajó hasta entrada la noche. A las dos de la madrugada liberó el tercer anillo; a las cuatro descubrió que los huecos no formaban exactamente un círculo; a las cinco comprendió por qué.

No estaban destinados a recibir doce piezas.

Esperaban una sola.

Una pieza de doce caras.

Repitió las mediciones antes de aceptar el resultado. Después giró el disco y, bajo una capa de corrosión, encontró restos de una inscripción:

...LOCUM MUTAT...

—El lugar modifica...

El resto había desaparecido. Más abajo sobrevivía otra palabra:

AELIUS

Cuando Baltasar levantó la cabeza ya amanecía. El anticuario se había marchado horas antes. Junto a su abrigo había un billete de tren.

Baltasar estaba seguro de no haberlo comprado.



Elena Varga habría descartado las tres historias anteriores en menos de cinco minutos: la primera como falsificación, la segunda como autosugestión y la tercera como montaje destinado a incrementar el valor de una antigüedad. Elena no despreciaba el misterio. Despreciaba la facilidad con que algunas personas llamaban misterio a aquello que todavía no habían intentado comprender.

Era arqueóloga de formación y astrónoma por obstinación. Había pasado media vida estudiando restos que podía sostener entre las manos y la otra mitad observando cuerpos demasiado lejanos para poder tocarlos. Ambas disciplinas le habían enseñado lo mismo: la realidad no tenía obligación alguna de coincidir con nuestros deseos. Por eso la fotografía que recibió aquella noche le resultó insoportable.

Llegó adjunta a un correo sin asunto ni texto. Mostraba un observatorio abandonado que Elena reconoció inmediatamente: había trabajado allí siete años antes estudiando instrumentos astronómicos medievales reutilizados en construcciones posteriores. El edificio no tenía nada extraño.

El cielo sí.

Sobre la cúpula aparecía una constelación inexistente. Elena amplió la fotografía y contó las estrellas.

Veintidós.

Comprobó catálogos, orientación y fecha. Los metadatos afirmaban que la imagen había sido tomada cuarenta y tres años antes de la construcción del observatorio.

—Muy gracioso.

Buscó manipulación, capas, errores de iluminación y alteraciones de perspectiva. No encontró nada. Aquello no demostraba que la fotografía fuera auténtica; solo demostraba que, si era falsa, alguien sabía exactamente lo que hacía. Cuando estaba a punto de cerrar el archivo vio una figura en una de las ventanas. Amplió la imagen. Podía ser un hombre o una simple mancha, pero sostenía entre las manos algo rectangular.

Parecía un mapa.

En el margen inferior de la fotografía alguien había escrito:

CUANDO CUATRO LECTURAS COINCIDEN, EL ERROR DEJA DE SER INDIVIDUAL.

Debajo:

AELIUS

Elena cerró el ordenador. Cinco minutos después volvió a abrirlo. Una hora más tarde compró un billete, no porque creyera en la fotografía, sino porque tenía intención de descubrir quién la había falsificado.

Para ella, la diferencia era esencial.



Los cuatro se encontraron dos días después en una pequeña estación al pie de las montañas. Ninguno esperaba a los otros. Adrián había extendido discretamente el pergamino sobre una mesa mientras aguardaba el único autobús hacia el norte. Lía vio el círculo y se acercó.

—¿Puedo preguntarle dónde consiguió eso?

Adrián cubrió el documento con una carpeta.

—Depende de por qué quiera saberlo.

Lía dejó sobre la mesa la pieza de doce caras. Adrián guardó silencio. Baltasar acababa de entrar en la cafetería; vio el objeto, dejó la maleta en el suelo y atravesó la sala.

—¿Dónde encontró eso?

—Curiosamente —respondió Lía—, es la segunda persona que me hace la misma pregunta en menos de un minuto.

Baltasar sacó una fotografía del disco de bronce y la colocó junto a la pieza. Las doce caras coincidían con las doce hendiduras. Adrián retiró lentamente la carpeta que cubría su mapa.

—Esto no prueba nada —dijo una voz detrás de ellos.

Elena dejó la mochila sobre la cuarta silla. Nadie la había invitado. Sacó la fotografía del observatorio y la puso junto al pergamino.

—Pero empieza a resultar estadísticamente desagradable.

Adrián levantó los ojos.

—¿Aelius?

Por primera vez desde que había recibido la fotografía, Elena perdió parte de su seguridad.

—¿Cómo sabe ese nombre?

Nadie respondió.

Afuera comenzó a nevar. No estaba previsto. Poco después, un empleado anunció que el autobús hacia el norte había sido cancelado. Baltasar suspiró.

—Magnífico.

Lía seguía mirando por la ventana.

—No.

Un vehículo oscuro avanzaba por la carretera cubierta de nieve. No tenía número de ruta ni indicaba destino. Se detuvo frente a la estación y abrió las puertas. Adrián consultó el pergamino: las coordenadas no señalaban el lugar donde se encontraban, sino un punto mucho más arriba, en la montaña.

Elena cruzó los brazos.

—Supongo que ninguno está considerando seriamente subir a ese autobús.

Baltasar tomó su maleta.

—Por supuesto que no.

Un minuto después, los cuatro estaban dentro.



El autobús comenzó a ascender. Primero desaparecieron las casas, después los postes eléctricos y finalmente el asfalto. Nadie habló durante varios kilómetros. Elena fue la primera en mirar hacia atrás.

—Adrián.

—¿Sí?

—Explíqueme eso.

Sobre la nieve no había huellas de neumáticos.

Adrián contempló durante un momento el camino que acababan de recorrer y sonrió con una expresión que ninguno volvería a verle durante mucho tiempo.

—No puedo.

Lía señalaba hacia delante. Entre la nieve empezaba a surgir una construcción que no figuraba en ningún mapa moderno y difícilmente habría podido figurar en uno antiguo.

Una torre.

Su base parecía medieval; la parte superior, un observatorio. Entre ambas ascendían escaleras que giraban, descendían y regresaban sobre sí mismas siguiendo ángulos que ningún arquitecto habría podido representar sin contradecirse. El vehículo se detuvo. Los cuatro descendieron. Cuando Adrián se volvió, el autobús había desaparecido.

También sus huellas.

Sobre la entrada de la torre estaban tallados un Sol y una Luna. Entre ambos, casi cubierta por la nieve, había una inscripción. Adrián limpió la piedra con la mano:

QUOD LATET, REGIT.

—Lo que permanece oculto... —tradujo Baltasar.

—...gobierna —terminó Lía.

Elena examinó la fachada.

—Latín correcto. Piedra antigua. Arquitectura imposible. Excelente comienzo.

—¿Eso significa que empiezas a creer? —preguntó Baltasar.

—Significa que tengo más cosas que explicar.

Adrián desplegó nuevamente el pergamino. Algo había cambiado. En el centro del círculo, donde antes solo había vacío, aparecía ahora una figura diminuta: un hombre caminando hacia el borde de un precipicio con una pequeña bolsa sobre el hombro. Delante de él no había sendero.

Bajo sus pies había surgido un número.

0

La puerta de la torre se abrió.

No hacia una habitación.

Hacia un corredor cuya profundidad no podía caber dentro de la construcción.

Lía cruzó primero. Elena exhaló con resignación.

—Por supuesto.

La siguió.



Encontraron un cofre en una estancia lateral. Era de madera casi negra, con herrajes envejecidos y una cerradura sin entrada visible para ninguna llave. Baltasar recorrió la tapa con los dedos.

—Esto no pertenece a la torre.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Elena.

—Porque alguien quiso que pareciera más antiguo de lo que es.

Aquella respuesta la inquietó más que las escaleras imposibles.

Abrieron el cofre entre los cuatro. El interior estaba vacío, cubierto de terciopelo oscuro y dividido por separadores extraordinariamente finos cuya disposición ninguno pudo comprender. Adrián intentó contar los espacios y abandonó después de varias filas.

—No son decorativos —dijo Baltasar.

Lía contemplaba el interior.

—Está esperando algo.

Elena la miró.

—Es una caja.

—Precisamente.

Adrián volvió al pergamino. La figura junto al precipicio permanecía allí y el 0 seguía bajo sus pies, pero una nueva inscripción comenzaba a hacerse visible:

PRIMUM ITER NON OSTENDITUR...

Esperaron. Las últimas palabras aparecieron poco a poco:

...DONEC GRADUM FACIAS.

Baltasar miró a Adrián.

—¿Qué significa?

—El primer camino no se muestra hasta que das el paso.

Desde algún lugar de la torre llegó el sonido de una campana.

Una sola vez.

Después, silencio.

Lía contempló el cofre. Baltasar sostuvo la extraña pieza de doce caras. Elena dirigió la vista hacia el corredor imposible y Adrián permaneció frente al pergamino. Durante años discutirían acerca del momento exacto en que había comenzado el viaje. Adrián sostendría que todo empezó cuando recibió aquel mapa; Baltasar defendería que había comenzado siglos antes. Elena nunca aceptaría ninguna de las dos respuestas.

Lía propondría una tercera: que ellos nunca hubieran encontrado el Atlas; que, de alguna manera incomprensible, el Atlas hubiera comenzado a encontrarlos a ellos.

Aquella noche ignoraban quién había sido Aelius, qué esperaba el cofre vacío o por qué cuatro desconocidos habían sido conducidos hasta aquella torre. Mucho menos podían imaginar que los diminutos espacios que ahora parecían incomprensibles aguardaban setenta y ocho piezas de una historia todavía dispersa.

Solo conocían el primer indicio.

Sobre el pergamino, un hombre caminaba hacia un precipicio. Delante de él no existía ningún camino.

Todavía.

Y bajo sus pies permanecía una única cifra.

0

PRIMER MOVIMIENTO

LOS CAMINOS QUE TODAVÍA NO EXISTEN



PRIMER TRÁNSITO

LOS CAMINOS QUE TODAVÍA NO EXISTEN

LAS HUELLAS QUE NO REGRESABAN

*Sunt viae
quae nondum
nascuntur
et tamen
vocant.*

ALIVD
SEMPER
QVAT

AD
LIMINA
QVAE
NVNQVAM
PVERRVNT



La torre permanecía abierta. No había cerradura forzada, bisagras rotas ni señales de abandono. La puerta de madera estaba entreabierta como si alguien hubiese pasado por allí unos minutos antes y hubiera decidido dejarla así.

Elena se detuvo. —No me gusta.

Baltasar contempló la fachada. —Eso ya lo sabemos.

—No. Quiero decir que alguien esperaba que llegáramos.

Adrián desplegó el pergamino. La figura aparecida en el centro continuaba allí: un hombre diminuto junto al borde de un precipicio, una bolsa al hombro y el número 0 bajo los pies. Pero había algo nuevo. Desde la figura partía una línea delgada que atravesaba el pergamino hasta desaparecer por uno de sus extremos.

Adrián levantó la vista. —Continúa dentro de la torre.

Lía cruzó primero el umbral. Los demás la siguieron.



Esperaban encontrar una sala circular. Encontraron un corredor demasiado largo para caber dentro de la construcción que acababan de contemplar desde fuera. Elena contó los pasos; a los cincuenta dejó de hacerlo.

Al final apareció una escalera estrecha que ascendía alrededor de un núcleo de piedra. Subieron treinta y siete peldaños. Baltasar llegó primero al siguiente descanso, se acercó a una abertura y miró hacia fuera. Después volvió a contar mentalmente.

—Estamos más abajo.

Elena se aproximó. —No.

—Mira.

Por la abertura podían distinguir la base de la torre y, mucho más arriba, el lugar por el que habían entrado.

—Hemos subido —dijo Elena.

—Treinta y siete escalones.

—Entonces esta abertura está construida más abajo que la anterior.

Baltasar señaló el muro. —La anterior estaba prácticamente al nivel del suelo.

Elena apretó los labios. —Debe haber una inclinación que no hemos percibido.

Lía apoyó una mano sobre la piedra. —O estamos usando una palabra demasiado rápido.

—¿Cuál?

—Imposible.

Elena estuvo a punto de responder, pero algo en la pared llamó su atención. Había dibujos que no parecían ornamentales: un Sol, una Luna, varias estrellas, una puerta y una escalera que regresaba sobre sí misma. Entre dos símbolos, casi borrada, sobrevivía una letra:

A

Baltasar la reconoció. —Otra vez.

Nadie pronunció el nombre. Siguieron adelante.

El corredor terminaba en una habitación pequeña, sin ventanas. En el centro había una mesa de piedra y sobre ella descansaban tres objetos: una bolsa de cuero seco, una pluma blanca y una moneda ennegrecida.

Adrián avanzó un paso. —Esperad.

Señaló el suelo. Una fina capa de polvo cubría toda la habitación excepto alrededor de la mesa, donde podían distinguirse claramente unas huellas.

Un solo par. Entraban en la habitación.

No salían.

Elena se agachó. —¿Antiguas?

Baltasar negó. —No demasiado.

—¿Cómo lo sabes?

—El polvo todavía no las ha cubierto.

Elena examinó las paredes, golpeó algunas piedras y buscó juntas, bisagras ocultas o cambios de temperatura. No encontró nada.

—Debe haber otra salida.

Lía no observaba las paredes. Miraba hacia arriba. —La hay.

En el techo había una abertura cuadrada, tan oscura que podía confundirse con otra losa. Una escalera metálica desaparecía en su interior. Subieron.

La escalera desembocaba en una terraza abierta sobre la montaña. El viento había barrido parte de la nieve y las huellas reaparecían allí. Comenzaban junto a la abertura y avanzaban en línea recta hasta el borde del precipicio.

Después terminaban.

No había huellas de regreso, desvíos ni señales de caída. Baltasar se inclinó sobre el borde. Cientos de metros más abajo, la nieve cubría las rocas.

—Si saltó...

—No sabemos que saltara —dijo Elena.

—Las huellas terminan aquí.

—Eso es lo que sabemos.

Lía permanecía varios pasos atrás. No observaba el vacío, sino una piedra semienterrada junto al borde. Se agachó y retiró la nieve.

—Hay algo escrito.

Adrián se arrodilló. La inscripción estaba muy deteriorada, pero algunos fragmentos continuaban legibles:

...ITER NON APPARET...

Y más abajo:

...PRIMUM GRADUM...

Elena esperó. —¿Qué dice?

Adrián limpió cuidadosamente la piedra. —El camino no aparece...

Se inclinó un poco más. —...hasta después del primer paso.

En el extremo inferior de la inscripción había otra marca. La misma letra:

A

Baltasar fue quien pronunció el nombre esta vez. —Aelius.

Lía negó suavemente. —O alguien que quiere que pronunciemos ese nombre.

Una ráfaga levantó la nieve de la terraza. Durante unos segundos las huellas quedaron ocultas. Cuando el viento se calmó, habían desaparecido.

Regresaron a la habitación. Adrián abrió la bolsa de cuero y encontró dentro una llave oxidada, una pequeña piedra azul y un papel doblado muchas veces. Lo extendió con cuidado. La tinta estaba desvaída, pero todavía podía leerse:

Salió una mañana sin preguntar adónde iba. Todos creyeron que regresaría cuando descubriera su error. Nadie comprendió que no estaba buscando el camino de vuelta.

Debajo aparecía un nombre:

ELIAS VAREN

Y una fecha de hacía casi dos siglos.

Baltasar tomó la moneda ennegrecida. No tenía inscripción. Lía sostuvo la pluma. —¿Hay algo detrás?

Adrián giró el papel. Había una dirección correspondiente a un pequeño pueblo situado al otro lado de la montaña. Elena buscó el nombre en su teléfono, pero no había cobertura. Adrián abrió un mapa moderno.

El pueblo no aparecía. Probó con otro. Nada.

Lía seguía observando el pergamino. —Adrián.

Él se acercó. En el centro había surgido una nueva línea. Partía de la torre, atravesaba la montaña y terminaba en un pequeño círculo.

Dentro:

0

Baltasar señaló el cofre. —¿Creéis que tiene relación con el hombre de la nota?

Elena contempló la madera oscura, los herrajes antiguos y aquellos compartimientos cuya función todavía ignoraban. —No sabemos ni para qué sirve.

Adrián dobló cuidadosamente el papel. —Precisamente por eso debemos averiguarlo.



Abandonaron la torre a la mañana siguiente. El autobús había desaparecido, al igual que las marcas de sus neumáticos. Ni siquiera encontraron la carretera por la que recordaban haber llegado. Solo un sendero estrecho descendía por la cara opuesta de la montaña.

Caminaron durante varias horas. A media mañana apareció el perro.

Era completamente blanco y avanzaba a bastante distancia. Baltasar fue el primero en verlo.

—¿De dónde salió?

Nadie respondió. El animal caminaba delante de ellos sin acercarse ni mirar hacia atrás. Cada vez que el sendero parecía terminar entre rocas o vegetación, desaparecía detrás de algún obstáculo; cuando los cuatro alcanzaban el lugar, encontraban una nueva senda.

Elena intentó fotografiarlo. En la primera imagen solo apareció nieve; en la segunda, una mancha blanca; en la tercera no había nada. Guardó el teléfono.

—No pienso sacar conclusiones.

—Es una frase que dices cada vez con más frecuencia —comentó Baltasar.

—Y gracias a ella seguimos teniendo alguna posibilidad de no volvernos idiotas.

Lía sonrió. —También podría significar que estamos mejorando.

El perro desapareció al caer la tarde. Poco después divisaron el pueblo.

Parecía abandonado.

No destruido: abandonado.

Las ventanas estaban cerradas, algunos tejados comenzaban a vencerse y una fuente seca ocupaba el centro de la plaza. La campana de una pequeña iglesia permanecía inmóvil. No había humo, animales ni voces.

En la entrada del pueblo se levantaba una casa de dos plantas. Sobre la puerta sobrevivía una placa de madera cubierta de musgo. Adrián la limpió con la mano.

VAREN

Elena recorrió la fachada con la mirada. —¿Y ahora qué?

Adrián desplegó el pergamino. La pequeña figura del viajero había desaparecido. Solo permanecía el número:

0

Baltasar miró el cofre. —Supongo que aquí comienza.

Elena contempló el sendero que acababan de recorrer. —No.

Los otros tres se volvieron hacia ella.

—Esto comenzó mucho antes de que llegáramos aquí.

Lía esperó. Elena miró la casa.

—Solo que todavía no sabemos cuándo.

Adrián empujó la puerta. Cedió con un largo gemido. El interior olía a madera húmeda y papel viejo. Sobre una mesa cubierta de polvo descansaba un único cuaderno.

Adrián se acercó. La cubierta estaba desgastada y en ella podía leerse un nombre:

ELIAS VAREN

Abrió la primera página. La escritura comenzaba sin saludo, fecha ni explicación:

Elias Varen desapareció un martes. Eso era lo que decía todo el pueblo. Pero no era verdad.

Adrián levantó la vista. Lía cerró lentamente la puerta detrás de ellos.

Y durante unas horas, el viaje de los cuatro dejó de importar, porque acababan de entrar en la historia de un hombre que había salido una mañana sin saber adónde conducía el camino.

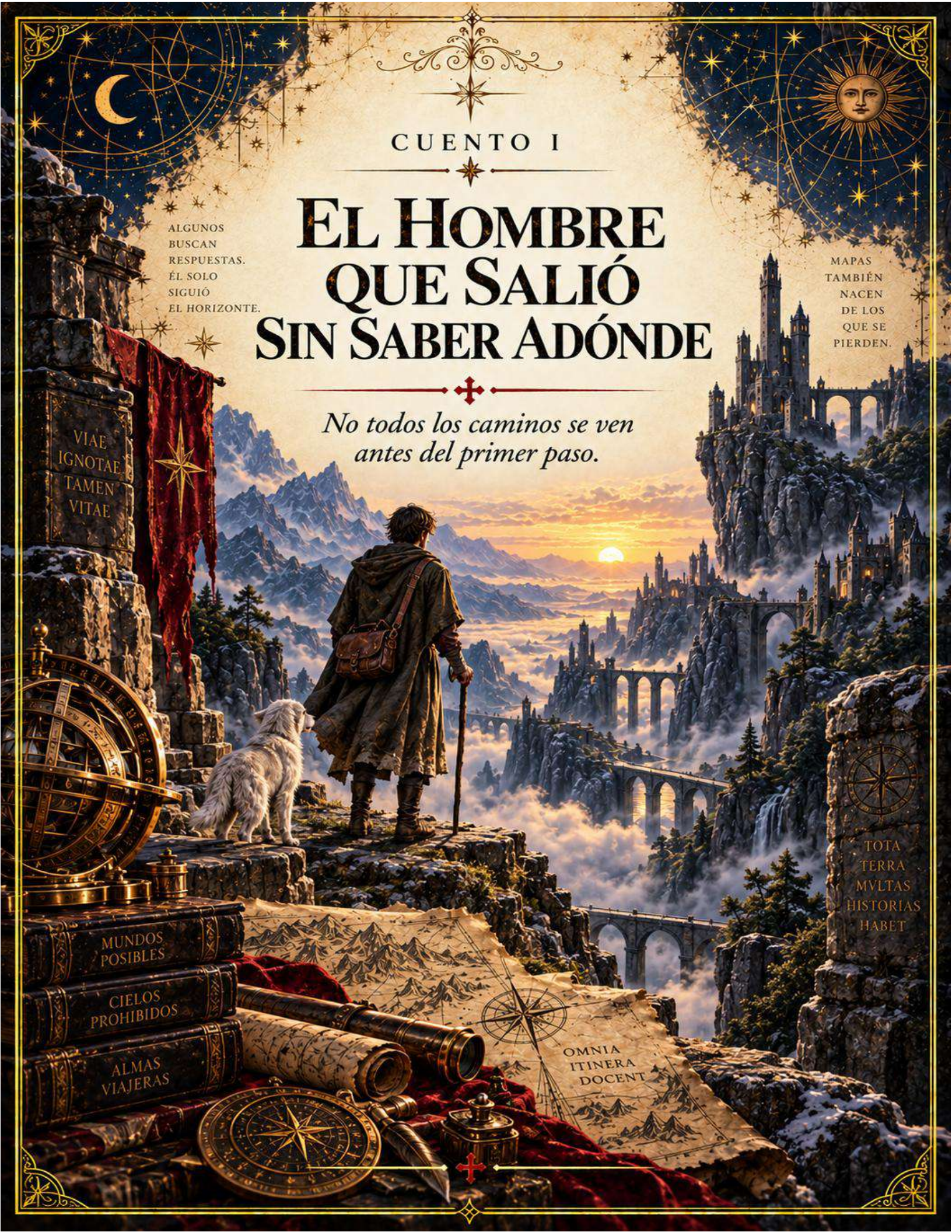
CUENTO I

EL HOMBRE QUE SALIÓ SIN SABER ADÓNDE

ALGUNOS
BUSCAN
RESPUESTAS.
ÉL SOLO
SIGUIÓ
EL HORIZONTE.

MAPAS
TAMBIÉN
NACEN
DE LOS
QUE SE
PIERDEN.

*No todos los caminos se ven
antes del primer paso.*



VIAE
IGNOTAE
TAMEN
VITAE

TOTA
TERRA
MVLTA
HISTORIAS
HABET

MUNDOS
POSIBLES

CIELOS
PROHIBIDOS

ALMAS
VIAJERAS

OMNIA
ITINERA
DOCENT

Elias Varen desapareció un martes. Eso era lo que decía todo el pueblo. Pero no era verdad.

Elias no había desaparecido. Había salido caminando.

La diferencia parecía pequeña hasta que uno conocía los detalles. Tenía veintisiete años, una casa heredada de sus padres, dos cabras, un pequeño taller donde reparaba relojes y una mujer llamada Clara con la que pensaba casarse antes de que terminara el verano. No tenía deudas, no estaba enfermo, no había discutido con nadie ni recibido noticias terribles. Hasta donde podía saberse, tampoco esperaba una fortuna en algún lugar lejano.

La mañana en que se marchó hizo exactamente lo que hacía siempre. Encendió el fogón, cortó dos rebanadas de pan negro, comió queso y dividió una manzana en cuatro partes. Dejó la última sobre el plato; después alimentó a las cabras, barrió la entrada del taller y dio cuerda al gran reloj que colgaba junto a la puerta. A las siete y cuarto tomó una pequeña bolsa de cuero y salió.

Su vecina, la señora Mirel, sacudía una alfombra desde la ventana.

—Buenos días, Elias.

—Buenos días.

—¿Adónde vas tan temprano?

Elias se detuvo y contempló el camino que abandonaba el pueblo. —No lo sé.

La señora Mirel soltó una carcajada. —Pues tendrás que saberlo antes de llegar.

Elias sonrió. —Quizá.

—¿Regresas para el almuerzo?

Volvió a mirar el camino. —Tampoco lo sé.

La mujer dejó de reír. Elias levantó una mano a modo de despedida y siguió andando. A las ocho atravesó el puente; a las nueve pasó junto al viejo molino. A las once, un pastor lo vio internarse por un sendero que conducía hacia el norte.

Fue la última persona del pueblo que pudo asegurar haberlo visto aquel día.



Clara no se preocupó durante las primeras horas. Elias era un hombre extraño en pequeñas cosas: podía caminar diez kilómetros para observar el mecanismo de un reloj de torre o pasar una tarde siguiendo a unas hormigas mientras transportaban alimento. Una vez había regresado a medianoche porque se quedó conversando con un herrero acerca de por qué el hierro cantaba de manera distinta según su temperatura.

Pero nunca se había marchado sin avisarla.

La segunda noche, Clara fue a su casa. Encontró la llave debajo de la maceta, donde Elias la dejaba siempre. Dentro no faltaba prácticamente nada: la ropa permanecía en el armario, el dinero en una caja de madera y las herramientas perfectamente ordenadas. Sobre la mesa seguía la cuarta parte de la manzana.

Entró en el taller. El gran reloj continuaba funcionando y marcaba las diez y diecisiete. Junto a él encontró una hoja arrancada de un cuaderno que contenía una sola frase:

He pensado que llevo demasiado tiempo recorriendo el mismo camino.

No había despedida, explicación ni nombre.

Durante dos semanas lo buscaron. Los hombres del pueblo recorrieron bosques, caminos y barrancos; revisaron ríos, preguntaron en posadas e interrogaron a comerciantes. Un viajero aseguró haber visto a un joven parecido a Elias caminando hacia el este; otro juró haberlo encontrado mucho

más al norte. Un carretero dijo que un hombre con su descripción había rechazado subir al carro porque prefería caminar.

—¿Adónde iba? —preguntó Clara.

El carretero se encogió de hombros. —Le pregunté lo mismo.

—¿Qué respondió?

—Que todavía no lo sabía.

Después las noticias comenzaron a contradecirse. Alguien aseguraba haberlo visto en una ciudad portuaria; otro hablaba de un monasterio. Una mujer dijo que había reparado el reloj de su padre a cambio de una comida y una manta. Un comerciante juró haberlo encontrado cruzando una frontera situada a cientos de kilómetros.

No encontraron su cuerpo, su bolsa ni ninguna razón suficiente que explicara su partida. Con el tiempo, el pueblo decidió que Elías había hecho aquello que la gente necesita que hagan quienes se marchan sin explicación:

había huido.



La primera carta llegó catorce meses después. No tenía sello, fecha ni dirección de procedencia. Simplemente apareció dentro del buzón de Clara. Ella reconoció la letra antes de abrirla.

Querida Clara:

Hoy he llegado a un lugar donde el camino termina en medio de un bosque. Al principio creí que me había equivocado. Después comprendí que esperar a que apareciera otro camino era también una elección.

Seguí caminando entre los árboles.

Dos días después encontré un sendero. No sé si siempre estuvo allí.

Elías.

Nada más. Clara leyó la carta tantas veces que terminó aprendiéndola de memoria. Durante semanas esperó otra, pero no llegó. Seis meses después apareció la segunda:

He dormido bajo un árbol que no figuraba ayer en el bosque. Sé cómo suena eso. Yo tampoco habría creído una frase así antes de salir.

Ahora empiezo a sospechar que algunas cosas no se vuelven posibles hasta que alguien deja de exigirles que lo sean.

La tercera llegó dos años después:

Hoy conocí a un hombre que llevaba veinte años esperando una señal para cambiar de vida. Le pregunté qué haría si la señal nunca aparecía.

Me respondió que continuaría esperando.

Sentí más miedo por él que por mí.

Clara dejó de contar cuánto tiempo transcurría entre una carta y otra. Las guardaba dentro de una caja azul y jamás respondía. No había adónde.

Pasaron cinco años. Luego diez.

Clara se casó con Mateo, el hijo del médico. No porque hubiera dejado de querer a Elías ni porque continuara queriéndolo del mismo modo, sino porque un día comprendió que esperar también podía convertirse en una manera de no caminar. Mateo conocía las cartas y nunca le pidió que las quemara.

—Son parte de tu vida —le dijo una noche.

—¿No te molesta?

—Me molestaría más que fingieras que no existieron.

Tuvieron dos hijos y después una hija. Elías siguió escribiendo desde lugares imposibles. Describió un pueblo construido enteramente sobre un puente; una iglesia sin techo sobre cuyo altar podía verse una estrella distinta cada noche; una ciudad donde nadie cerraba las puertas porque sus habitantes consideraban vergonzoso poseer algo que mereciera ser robado; una isla donde las aves migratorias llegaban cada año desde el oeste y regresaban también hacia el oeste; una montaña en la que el viento parecía pronunciar nombres.

Cada carta describía un lugar. Nunca decía por qué estaba allí, pedía dinero, se disculpaba ni prometía volver. Y jamás hablaba de aquello que había dejado atrás. Eso fue lo que Clara tardó más años en perdonarle.

Cuando tenía cuarenta y ocho años recibió una carta distinta. Era muy breve.

A veces pienso que hice algo cruel.

Me marché creyendo que ser libre consistía en no deber explicaciones. Ahora sé que podemos marcharnos y seguir siendo responsables del dolor que dejamos detrás.

No sé si regresar repararía algo. Tampoco sé si hacerlo únicamente para aliviar mi culpa sería otra forma de egoísmo.

Todavía estoy aprendiendo a caminar.

Clara permaneció largo rato frente al fuego. Mateo leyó la carta después.

—¿Quieres que vuelva?

Ella pensó antes de responder. —Hace veinte años habría dado cualquier cosa.

—¿Y ahora?

Clara dobló cuidadosamente el papel. —Ahora quisiera que encontrara aquello que salió a buscar.

—¿Sabes qué era?

Clara contempló las llamas. —Creo que ni él lo sabía cuando partió. Y quizá todavía no lo sepa.

Los años hicieron lo que hacen siempre: transformaron los escándalos en historias, las historias en rumores y los rumores en recuerdos. Después convirtieron los recuerdos en cosas que nadie sabía con certeza si alguna vez habían ocurrido.

Los niños del pueblo crecieron escuchando hablar del hombre que había salido sin saber adónde iba. Algunos decían que se había vuelto rico; otros, que había muerto o perdido la razón. Una versión aseguraba que Elías podía entrar en pueblos antes de que fueran construidos; otra afirmaba que caminaba acompañado por un perro blanco. Una tercera decía que jamás envejecía.

Clara no discutía con nadie. Guardaba las cartas. Eso era suficiente.



La última llegó cuarenta y seis años después de su partida. Clara tenía setenta y tres años. Mateo había muerto tres inviernos antes y sus hijos vivían lejos. La casa estaba silenciosa cuando encontró el sobre debajo de la puerta al amanecer.

La mano de Elías había cambiado. Las letras temblaban.

Querida Clara:

Durante mucho tiempo pensé que estaba buscando un lugar. Después creí que buscaba respuestas. Más tarde pensé que lo importante era continuar moviéndome.

Estaba equivocado en las tres cosas.

Lo único que he intentado hacer durante todos estos años ha sido no convertir el miedo en una frontera. A veces lo conseguí. Muchas veces no.

He cometido errores que habría evitado si me hubiese quedado, y he conocido maravillas que nunca habría visto si hubiese esperado demasiado para partir.

No sé cuál de esas dos cosas pesa más.

Quizá no sea necesario saberlo.

Mañana regresaré.

Clara dejó la carta sobre la mesa y preparó dos tazas. No sabía si Elías bebía todavía café ni cómo sería ahora su rostro. Abrió las ventanas, barrió la entrada y colocó flores junto a la puerta.

Esperó toda la mañana. Después el mediodía. Luego la tarde. Al caer la noche encendió una lámpara y la dejó junto a la ventana.

Elías no llegó.

A la mañana siguiente volvió a preparar café. Tampoco llegó.

El tercer día Clara cerró la ventana. No lloró. Guardó la última carta junto a las demás y siguió viviendo.

Murió seis años después.



Su nieta encontró la caja azul. Dentro había cuarenta y nueve cartas. Muchos años más tarde se las entregó a Samuel Brückner, profesor especializado en cartografía histórica. Brückner no estaba interesado en Elías Varen.

Estaba interesado en los lugares.

Su primera hipótesis era sencilla: las cartas constituían una falsificación elaborada décadas después. Aquello podía comprobarse comparando papel, tintas, nombres, fechas y mapas. Empezó por la carta del árbol:

He dormido bajo un árbol que no figuraba ayer en el bosque.

No esperaba encontrar nada. Sin embargo, un mapa regional publicado aproximadamente un año después de aquella carta mostraba un árbol solitario en el lugar descrito. En la edición anterior no aparecía.

Brückner sonrió. Coincidencia.

Buscó el pueblo construido sobre un puente y lo encontró en un mapa posterior. También la iglesia sin techo. La montaña donde el viento parecía pronunciar nombres aparecía registrada años después bajo el mismo nombre fonético utilizado por Elías. La ciudad de las puertas abiertas había existido durante menos de veinte años antes de ser abandonada tras una epidemia.

Brückner dejó de sonreír.

Pasó los siguientes treinta años buscando el fraude. Analizó papel, tinta, sellos, archivos, registros parroquiales, diarios de viajeros, correspondencia privada, fechas de fundación y topónimos. Encontró errores, contradicciones y exageraciones, pero no aquello que necesitaba:

una explicación capaz de hacer desaparecer el problema.

Algunos lugares descritos por Elías parecían haber sido registrados documentalmente después de que él hubiese escrito acerca de ellos.

Brückner publicó tres artículos. El primero fue recibido con curiosidad; el segundo, con escepticismo; el tercero casi nadie quiso publicarlo.

Un colega le dijo: —Estás destruyendo tu carrera por las cartas de un vagabundo.

—No.

—¿Entonces?

Brückner sostuvo su mirada. —La estoy destruyendo porque no consigo demostrar que el vagabundo mentía.



A los setenta años decidió viajar. No a todos los lugares. Solo al último.

En una de las cartas Elias había descrito un paso de montaña del que no existía registro contemporáneo. Después de años de búsqueda, Brückner encontró una mención casi accidental en un mapa militar. Preparó una mochila, compró botas nuevas y subió.

El ascenso le tomó cuatro días. Durante el último apenas encontró sendero y varias veces estuvo a punto de regresar. Al atardecer alcanzó una plataforma natural sobre un precipicio.

No había nada.

Brückner contempló el paisaje con una decepción casi física. Treinta años, miles de documentos, viajes y discusiones; una carrera académica convertida poco a poco en una nota al pie sobre una obsesión excéntrica. Y allí no había nada.

Se sentó sobre una roca. —Perfecto.

El viento respondió. Entonces vio la bolsa.

Estaba atrapada entre dos piedras y el cuero casi se había desintegrado. Brückner se arrodilló y encontró dentro una llave oxidada, una pequeña piedra azul, una pluma blanca y un papel. Lo desplegó. Solo contenía una frase:

NO ESPERES A QUE EL CAMINO APAREZCA.

Brückner levantó la cabeza. Frente a él se abría el precipicio. Al otro lado, quizá a veinte metros, comenzaba una cornisa estrecha. No había manera visible de alcanzarla. Buscó algún descenso. Nada.

Volvió a mirar. Entre los dos extremos creyó distinguir una franja de piedra, tan estrecha que podía ser una ilusión producida por la luz. Se acercó al borde. Retrocedió. La franja seguía allí.

—No.

La palabra le resultó familiar. Durante treinta años había comenzado casi todas sus investigaciones con ella. No podía ser. No era suficiente. No demostraba nada. No era razonable.

No era posible.

Brückner volvió a sentarse. Esperó cinco minutos, diez, media hora. El Sol comenzó a ocultarse y la franja se hizo cada vez más difícil de distinguir. Entonces comprendió algo que le provocó una risa inesperada.

Había dedicado toda su vida a determinar si Elias Varen había encontrado caminos que no existían. Y ahora estaba sentado frente a uno esperando que alguien viniera a certificarlo.

Cerró los ojos. Pensó en sus artículos, en sus colegas, en los mapas y en todas las veces que había escrito la palabra evidencia. Después guardó la nota en el bolsillo y se puso de pie.

No dejó de tener miedo, no se volvió más joven ni adquirió repentinamente fe en lo imposible. Simplemente aceptó que ninguna de aquellas cosas podía caminar por él.

Puso un pie sobre la franja de piedra. Resistió. Colocó el segundo. Después otro. Y otro. No miró hacia abajo.

Cuando alcanzó el otro lado estaba temblando, no solo de miedo. Se volvió.

El sendero estaba allí. Perfectamente visible.

Brückner soltó una carcajada. —Maldito seas, Varen.

Y siguió caminando.

Encontró la cabaña poco antes de anochecer. Era pequeña y tenía la puerta abierta. Dentro había una cama, una mesa, una silla y un reloj detenido; un abrigo colgaba de la pared. Brückner supo inmediatamente que nadie había vivido allí durante muchos años.

Sobre la mesa encontró una caja de madera. Dentro había decenas de pequeños mapas dibujados a mano. No reconoció ninguno. Debajo descansaba un cuaderno. La primera página decía:

Si alguien encuentra esto, probablemente habrá venido buscando una explicación.

Lo siento.

No tengo ninguna.

Brückner se sentó y continuó leyendo.

Durante muchos años creí que los caminos aparecían delante de mí. Ahora no estoy seguro.

Quizá siempre estuvieron allí.

Quizá yo no podía verlos hasta que dejaba de necesitar garantías.

Hay una diferencia enorme entre caminar sin saber y caminar sin pensar. He confundido ambas cosas más veces de las que quisiera admitir.

La imprudencia no es libertad.

La ignorancia tampoco.

Pero existe un instante, justo antes de cada verdadera decisión, en que ninguna cantidad de conocimiento puede caminar por nosotros.

Ese instante fue mi camino.

Brückner cerró momentáneamente el cuaderno. Afuera había oscurecido. Debajo del reloj encontró una fotografía. Mostraba a un hombre muy anciano sentado frente a la cabaña. Era imposible determinar si se trataba de Elías. En el reverso figuraba una fecha.

Cuarenta y siete años después de su partida.

Un año después de la carta en la que prometió regresar.

Brückner abrió nuevamente el cuaderno. La última página contenía unas pocas líneas:

Regresé.

Llegué hasta la colina desde donde podía verse mi pueblo. Vi las chimeneas. Escuché la campana. Podía haber llegado antes de anochecer.

Entonces comprendí que había prometido volver para cerrar una historia que ya había terminado sin mí.

Clara tenía otra vida.

Yo también.

Seguir adelante fue la decisión más dolorosa que tomé en todos mis viajes.

Pero regresar únicamente para que el pasado me perdonara habría sido otra forma de pedirle al mundo una garantía.

Me senté en la colina hasta que oscureció.

Después continué caminando.

Brückner cerró el cuaderno. Sintió rabia.

—Cobarde.

Se levantó y miró la fotografía. —Podrías haber bajado. Podrías haberte despedido.

El anciano de la imagen no respondió. Brückner pasó la noche en la cabaña. Durmió poco.



A la mañana siguiente volvió a leer la última página y encontró una línea que la noche anterior no había visto. Estaba escrita en el borde inferior:

No todas las decisiones valientes son correctas.

Solo dejan de ser cobardes cuando aceptamos vivir con sus consecuencias.

Brückner permaneció sentado largo rato. No perdonó a Elías. Aquello también le pareció importante.

Comprender una vida no obligaba a absolverla.

Guardó el cuaderno y salió de la cabaña. Junto al camino había un perro blanco. El animal lo observó.

Brückner sonrió. —Ni se te ocurra.

El perro se levantó y comenzó a caminar.

—Sé volver solo.

El animal continuó. Brückner lo siguió.



Años después, cuando le preguntaban por las cartas de Elías Varen, Samuel Brückner ya no intentaba convencer a nadie.

—¿Entonces eran verdaderas? —le preguntó una estudiante.

—Las cartas eran reales.

—No me refiero al papel. Los lugares. Los caminos.

Brückner pensó antes de responder. —No sé.

La estudiante pareció decepcionada.

—Después de treinta años investigándolo, ¿eso es todo?

—No. Después de treinta años investigándolo, por fin puedo decir «no sé» sin sentir que he fracasado.

Ella anotó la frase.

—¿Y qué aprendió de Varen?

Brückner miró por la ventana. Había comenzado a nevar. —Que algunas personas se marchan porque tienen miedo.

—¿Y otras?

—También.

La joven frunció el ceño. Brückner sonrió.

—La diferencia es que algunas esperan a dejar de tenerlo.

—¿Y Elías?

El viejo profesor guardó silencio. Sobre su escritorio descansaba la piedra azul encontrada dentro de la bolsa.

—Elías caminó con él.



Samuel Brückner murió muchos años después. Entre sus documentos encontraron los mapas de Elías, las cuarenta y nueve cartas conservadas por Clara y el cuaderno de la montaña. Había también un sobre cerrado.

En el exterior decía:

PARA QUIEN TODAVÍA NECESITE SABER ADÓNDE DESEA IR ANTES DE COMENZAR

Dentro no había ninguna carta. Había una imagen.

Un joven avanzaba hacia el borde de un abismo. Llevaba una pequeña bolsa sobre el hombro y, junto a sus pies, caminaba un perro blanco. Sobre ellos se abría un cielo inmenso.

El camino no podía verse.

Pero el muchacho caminaba.

No porque supiera adónde iba, estuviera seguro de llegar o creyera que el mundo iba a protegerlo. Caminaba porque había alcanzado ese punto en el que ninguna certeza podía dar el siguiente paso por él.

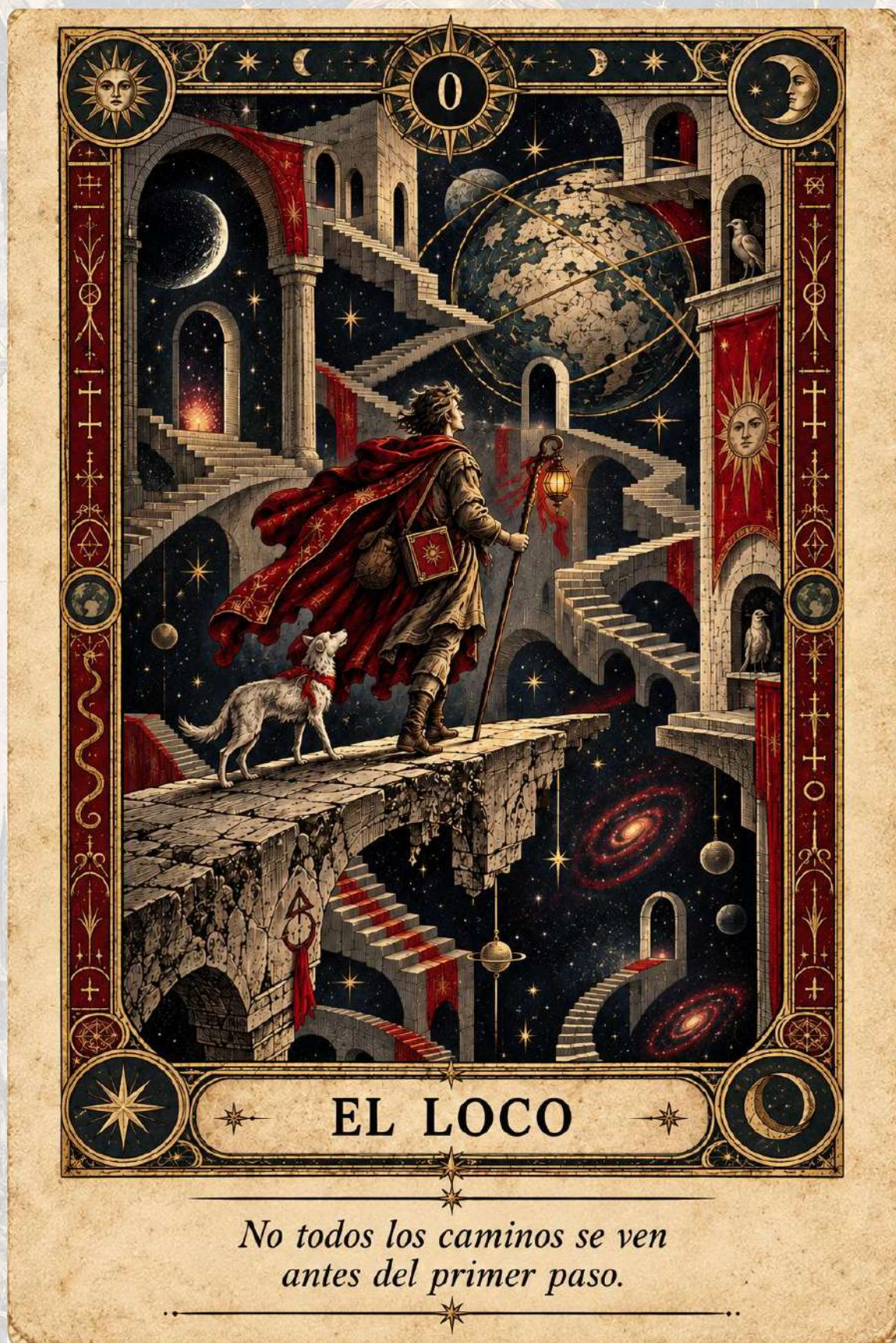
En el borde inferior de la imagen aparecía un número:

0

REVELACIÓN

ARCANO 0 — EL LOCO

Inicio · salto · riesgo · llamada · locura sagrada



*No todos los caminos se ven
antes del primer paso.*

PRIMERA PINCELADA
DE AELIUS

SCRIPTA
MVNDA
REVELANT
QVAE
LATENT

PER
SIGNA
AD
VERITATEM

LA LETRA EN EL METAL

ALITER
VIDERE
MVNDO

EXPLORATIO

CONTRADICTION

SAPIENTIA

HERESIS

NOVI ORBES

OMNIA
CONIUNGTUR

AELIUS

El libro de Ireneo permaneció abierto sobre la mesa durante toda la noche. Nadie volvió a leerlo. No porque hubieran perdido el interés, sino porque algo había cambiado en el cofre. La carta de **El Hierofante** apareció junto a las anteriores poco antes del amanecer. Seis espacios ocupados. Setenta y dos vacíos. Pero esta vez, al encajar la carta, no apareció un nuevo número. Apareció una línea. Muy fina. Metálica. Recorría el interior del cofre desde el compartimiento de las cartas hasta uno de sus costados. Baltasar fue el primero en advertirla.

—Esto no estaba aquí.

Elena se acercó.

—¿Qué es?

—No lo sé.

Baltasar pasó una uña por el borde. La línea cedió y una pieza de madera se levantó apenas unos milímetros. Debajo había un compartimiento estrecho. Vacío. Adrián iluminó el interior.

—No parece hecho para cartas.

Baltasar midió el espacio con los dedos.

—No.

—¿Entonces?

—Para otra cosa.

Lía observaba el fondo.

—Hay algo grabado.

Baltasar acercó la lámpara. Era una figura geométrica. No un círculo ni una estrella, sino un cuerpo representado en perspectiva, compuesto por muchas caras. Algunas podían verse; otras estaban sugeridas mediante líneas punteadas. Adrián estudió el dibujo.

—Si la construcción continúa como parece, tiene doce caras.

Elena frunció el ceño. Baltasar sonrió.

—Un dodecaedro.



La palabra quedó suspendida entre ellos. Lía volvió a mirar el grabado.

—Como la pieza que recibí.

La pequeña forma de doce caras que había encontrado antes de reunirse con los demás seguía guardada dentro de una bolsa de tela. La sacó. La colocaron junto al dibujo. No era idéntica. La pieza de Lía parecía más pequeña, quizá un modelo, quizá una reproducción. Pero las proporciones coincidían. Elena la hizo girar entre los dedos.

—Esto empieza a parecer menos casual.

Baltasar observó una de las caras.

—Mira.

Había una marca tan tenue que hasta entonces había parecido desgaste. Una letra.

A

Adrián no dijo nada. Lía tampoco. Fue Elena quien rompió el silencio.

—No me gusta que esa letra aparezca cada vez que dejamos de comprender algo.

Baltasar levantó la pieza.

—Todavía es solo una letra.

Elena sostuvo su mirada.

—Por ahora.

Durante horas intentaron abrir el resto del compartimiento. No pudieron. Baltasar examinó los herrajes y no encontró bisagras. Adrián revisó el pergamino; no había nueva ruta. Lía sostuvo el pequeño dodecaedro entre las manos. Nada. Fue Elena quien volvió al libro de Ireneo.

—Aquí hay algo.

Los demás se acercaron. No estaba en el texto. Se encontraba oculto en el lomo interior de la encuadernación. Una delgada lámina de metal había sido utilizada para reforzar el volumen y permanecía casi por completo cubierta por el cuero. Baltasar introdujo una herramienta fina y retiró parte de la encuadernación sin dañarla. La placa quedó al descubierto. Era antigua. Mucho más antigua que el libro. Y contenía una inscripción. No completa. Solo fragmentos. Adrián limpió cuidadosamente la superficie. Pudo leer:

...LOCUS...

Más abajo:

...FORMA...

Y al final:

...MOTUS...

Elena levantó la vista.

—¿Lugar, forma, movimiento?

—Aproximadamente.

—¿Tiene sentido?

Adrián negó.

—Todavía no.

Baltasar dio vuelta a la placa. En el reverso había un dibujo. Tres dodecaedros. No uno. Tres. Dispuestos en línea. Bajo cada uno aparecía una palabra, pero las tres estaban casi borradas. Adrián utilizó la lupa.

—No consigo leerlas.

Lía señaló el margen.

—Ahí queda algo.

Era una frase fragmentaria:

...QUATTUOR...

Después:

...UNUM...

Y al final:

...COORDINATA...

Adrián tardó unos segundos.

—Cuatro...

Volvió a mirar.

—Uno...

Se detuvo.

—Coordenada.

Baltasar frunció el ceño.

—¿Cuatro cosas formando una coordenada?

—Podría ser.

Elena negó.

—O podría ser una traducción demasiado segura de una inscripción demasiado incompleta.
Adrián asintió.
—También.



Entonces algo cayó sobre la mesa. Una pieza diminuta había permanecido atrapada en el interior del lomo. Rodó unos centímetros. Baltasar la recogió. Era una lámina de bronce muy fina, cortada en forma de triángulo. En una cara tenía grabada una estrella. En la otra:

A

Y debajo:

AELIUS

Nadie habló. No había fecha. No había título. No había retrato. Solo el nombre. Lía pasó un dedo sobre las letras.

—Entonces sí.

Elena tomó la pieza.

—Sí, ¿qué?

—Alguien utilizó ese nombre.

Elena observó el metal durante varios segundos.

—Eso es lo único que podemos afirmar.

Baltasar sonrió.

—Para nosotros empieza a ser bastante.

Elena no respondió. Pero tampoco lo contradijo.

Adrián regresó a la placa. Ahora que sabían qué buscar, encontró otros tres detalles: pequeños símbolos situados junto a cada uno de los dodecaedros. El primero parecía una casa. El segundo, una figura animal o quizá zodiacal. El tercero, una estrella rodeada por círculos. Baltasar se inclinó.

—No parecen decorativos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Elena.

—Porque están colocados como etiquetas.

Lía levantó la pieza de doce caras.

—Entonces quizá esto no sea simplemente un objeto geométrico.

Adrián negó.

—Todavía no sabemos qué es.

Baltasar tomó la pieza y la dejó caer suavemente sobre la mesa. Rodó. Giró varias veces. Finalmente se detuvo sobre una cara. En ella se distinguía un símbolo apenas visible. Dos peces. Lía sonrió.

—Ahora empieza a comportarse como un dado.

Elena contempló la pieza.

—Acepto “comportarse como”. No “ser”.

Baltasar inclinó la cabeza.

—Progreso.

Adrián volvió a los fragmentos de la placa.

—Lugar. Forma. Movimiento.

Lía observó los tres cuerpos dibujados.

—Falta algo.

Baltasar asintió.

—Si hay tres objetos, ¿por qué la inscripción habla de cuatro?

Elena miró hacia el cofre.

—Quizá porque el cuarto no sea un objeto.

Los cuatro dirigieron la vista hacia las cartas. Seis imágenes descansaban dentro de sus compartimientos.

El Loco · El Mago · La Sacerdotisa · La Emperatriz · El Emperador · El Hierofante

Adrián se acercó lentamente.

—Una carta.

Baltasar lo miró.

—¿Qué?

Adrián señaló el dibujo de la placa.

—Tres dodecaedros. Una carta. Cuatro elementos.

Elena negó despacio.

—No sabemos eso.

—No.

—Solo encaja.

—Sí.

Lía contempló la pieza entre sus dedos.

—¿Y juntos formarían una coordenada?

Adrián regresó a la inscripción.

—Eso podría estar diciendo.

Baltasar abrió nuevamente el compartimiento oculto del cofre e intentó introducir la pieza de Lía. No encajaba. Era demasiado pequeña.

—Entonces esto no es uno de los objetos finales.

—¿Un modelo? —preguntó Elena.

—Tal vez.

—¿Una llave?

Baltasar volvió a examinarla.

—También.

Lía sonrió.

—O una promesa.

Elena la miró.

—Eso no significa nada.

Lía guardó la pieza.

—Todavía.



Antes de cerrar el libro, Adrián encontró una última inscripción en la placa. Era mucho más pequeña que las anteriores y casi invisible. Solo podía leerse inclinando el metal hasta encontrar el ángulo exacto de la luz. Decía:

NON FUTURUM · LOCUM · MODUM · VIM

Adrián leyó en silencio durante unos segundos.

—No el futuro.

Los demás esperaron.

—El lugar.

Desplazó la luz.

—La forma.

Y después:

—La fuerza.

Baltasar señaló los tres cuerpos dibujados.

—Tres dados.

Elena corrigió:

—Tres dodecaedros.

—Déjame disfrutar un minuto.

Lía observó las cartas.

—Y algo más.

Elena sostuvo la placa entre las manos.

—Seguimos sin saber para qué sirven.

—No —dijo Adrián.

Volvió a mirar el nombre grabado en el pequeño triángulo de bronce.

AELIUS

Después contempló el pergamino.

—Pero si esta placa realmente está relacionada con él, quizá hemos entendido mal una cosa desde el principio.

Baltasar se acercó.

—¿Cuál?

Adrián señaló las palabras.

—No habla del futuro.

—Eso ya lo sabemos.

—Exactamente.

Su mirada pasó del pergamino al cofre y después al objeto de doce caras.

—Habla de lugar, forma y fuerza.

Lía comprendió.

—Como si describiera algo.

Adrián asintió.

—O lo situara.

Baltasar sonrió.

—¿Cartografiándolo?

Adrián no respondió de inmediato.

—Tal vez.

Aquella palabra quedó allí. No como una respuesta. Como una posibilidad.



Esa misma tarde, la pieza volvió a moverse dentro de la bolsa de Lía. Lo hizo sola. Cuando la sacaron, una de sus caras había cambiado. Ya no mostraba los peces. Mostraba una pequeña llama. Casi al mismo tiempo, una nueva marca apareció en el cofre. No era un número romano. Era un bastón vertical envuelto en fuego. Debajo surgieron unas palabras:

ANTES DE CONTINUAR EL CAMINO, DEBÉIS CONOCER EL PRIMER REINO.

Adrián desplegó el pergamino. Por primera vez desde que había comenzado la búsqueda, no apareció una historia. El pergamino se abrió como un territorio. Líneas oscuras comenzaron a

extenderse sobre la superficie. Primero montañas negras. Después ríos encendidos, torres, puentes y observatorios. Finalmente apareció una ciudad construida alrededor de una llama que parecía no extinguirse nunca. En el margen surgió un nombre:

EL REINO DE LA LLAMA

Y debajo:

BASTOS

Los cuatro permanecieron en silencio. Hasta entonces habían seguido historias. Ahora, por primera vez, tenían ante ellos un territorio. El Atlas acababa de revelar su primer reino. Y en una pequeña lámina de bronce, sobre la mesa, un nombre permanecía inmóvil bajo la luz:

AELIUS

PRIMER GRAN RELATO

EL REINO DE LA LLAMA

*LA CIUDAD QUE ENCENDÍA
SUS PROPIOS HORIZONTES*



BASTOS — *Las catorce cartas*

En Ardelia nadie recordaba quién había encendido la primera llama. Se decía que ardía desde antes de la ciudad, antes de las murallas y de los puentes, antes incluso de que los hombres aprendieran a extraer hierro de las montañas negras que rodeaban el valle. La llama ocupaba el centro de una torre circular construida sobre una grieta de la tierra. No era grande. No necesitaba serlo. Jamás se apagaba. Había sobrevivido a lluvias torrenciales, terremotos, guerras y a tres incendios que destruyeron casi por completo la ciudad que pretendía proteger. Los habitantes la llamaban simplemente:

EL FUEGO PRIMERO.

Y alrededor de él habían construido todo lo demás.

Ardelia era una ciudad hecha para mirar hacia lejos. Sus torres no terminaban en almenas, sino en terrazas. Los observatorios apuntaban tanto al horizonte como al cielo y los puentes unían riscos que parecían demasiado distantes para pertenecer a una misma ciudad. Por las noches se encendía una hoguera en alguna altura. Después otra. Y otra. Hasta que Ardelia parecía convertirse en una constelación suspendida sobre la montaña. Sus habitantes aseguraban que, mientras hubiese una llama encendida en algún lugar de la ciudad, siempre existiría un camino hacia adelante. Por eso se llamaban a sí mismos:

los Encendedores.



Nereo tenía diecisiete años cuando vio por primera vez el Fuego Primero. Había nacido en una aldea de pastores situada a tres días de camino y llegó a Ardelia con una mochila, una camisa remendada y una recomendación escrita por un maestro que probablemente había exagerado sus talentos. Nunca había visto una ciudad tan grande. Pasó la mañana mirando herrerías, mercados, grúas de madera, talleres, torres, carros y puentes. Por todas partes había gente construyendo cosas que él ni siquiera sabía nombrar. Todo se movía. Todo parecía estar convirtiéndose en otra cosa. Nereo sintió algo que no había experimentado en su pueblo. No deseo de tener. Deseo de hacer.

—¿Qué sabes construir? —le preguntó la mujer encargada de los aprendices.

—Nada.

Ella levantó la vista.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Nereo señaló las torres.

—Para aprender.

La mujer sonrió.

—Eso, al menos, es una respuesta útil.

Se llamaba Sabra. Tenía el cabello blanco, los brazos fuertes y una cicatriz que le cruzaba el cuello. Sin añadir nada, le entregó una vara de fresno.

—Sube.

—¿Adónde?

—Al Fuego Primero.

Nereo contempló la torre.

—¿Con esto?

—Con eso.

—¿Para qué?

Sabra ya se alejaba.

—Si necesitas saber para qué antes de subir, quizá todavía no necesitas subir.

Los aprendices ascendían solos. Ciento setenta y nueve escalones. Nereo los contó. Al llegar encontró una sala circular. En el centro ardía la pequeña llama. No había guardias, sacerdotes ni oro. Solo fuego. En la pared podía leerse:

TOMA UNA LLAMA. NO TOMES EL FUEGO.

Nereo no entendió. Acercó la vara. La punta prendió. Esperó. Nada más ocurrió.

—¿Eso es todo? —murmuró.

El fuego siguió ardiendo. Nereo descendió. Sabra lo esperaba.

—¿Qué viste?

—Fuego.

—Mal comienzo.

—¿Qué debía ver?

—Nada.

Nereo frunció el ceño. Sabra tomó la vara encendida y apagó la llama contra una piedra.

—La mayoría sube esperando una respuesta.

Le devolvió la madera ennegrecida.

—Lo único que recibe es una posibilidad.

Nereo la tomó.

—¿Y ahora?

—Ahora haz algo con ella.



Durante los años siguientes aprendió cantería, carpintería, metal, mecánica elemental, diseño de puentes, lectura de planos y cálculo de cargas. Pero aquello que mejor se le daba no era construir. Era imaginar. Veía una pared y pensaba en una puerta. Un terreno vacío se convertía en un taller. Un río le sugería una rueda. Una montaña despertaba inmediatamente una pregunta: ¿Qué habrá detrás? Sabra lo observaba.

—Tienes demasiado fuego.

Nereo sonreía.

—¿Eso puede ser malo?

—Pregúntamelo dentro de veinte años.

Su primera obra fue pequeña: una pasarela de madera sobre un canal. Nada extraordinario. Pero la diseñó para que pudiera desmontarse durante las crecidas y volver a instalarse cuando bajara el agua. Los vecinos la celebraron. Nereo también. La segunda obra fue mejor: un horno comunal que consumía menos carbón. Después llegó una torre de señales. Luego un sistema de poleas para elevar piedra. A los veinticuatro años ya dirigía pequeños equipos. A los veintisiete tenía taller propio. A los treinta, su nombre era conocido en toda Ardelia. La gente decía:

—Si algo no existe, pregúntale a Nereo cómo construirlo.

Al principio aquello le parecía divertido. Después empezó a gustarle demasiado.

La ciudad crecía. Nuevos barrios trepaban por las laderas y cada año hacían falta más puentes, pozos, caminos, talleres y mercados. Cada necesidad parecía una oportunidad. Nereo trabajaba desde antes del amanecer hasta mucho después de anochecer.

—Tienes que descansar —decía Sabra.

—Después.

—¿Después de qué?

—De terminar.

Sabra miraba alrededor. Siempre había algo sin terminar.

—Entonces nunca.
Nereo sonreía.
—Eso significa que voy bien.
Sabra no sonreía.



Un día el Consejo de Ardelia anunció un proyecto extraordinario. Querían abrir una ruta comercial hacia el oeste. El problema era la Garganta de Neral, un abismo ancho y profundo que separaba Ardelia de las tierras occidentales. Durante generaciones, las caravanas habían tenido que rodear las montañas. El viaje duraba doce días. Con un puente, duraría uno. El Consejo convocó a los mejores constructores de la región. Se presentaron cinco proyectos. El de Nereo era el más arriesgado. También el más hermoso. Dos grandes torres de piedra sostendrían un puente suspendido más largo que cualquier otro construido en aquellas montañas.

—No sabemos si resistirá —dijo un consejero.
—Yo sí.
—No puedes saberlo.
Nereo sostuvo su mirada.
—Entonces no construiríamos jamás nada nuevo.
La frase circuló por toda Ardelia. A Nereo le gustó escucharla repetida.

Ganó el proyecto. Por primera vez dirigió a cientos de personas: canteros, herreros, carpinteros, cargadores, ingenieros y aprendices. Trabajaron durante tres años. Hubo accidentes, retrasos, tormentas, discusiones y escasez de hierro. Una parte de la torre occidental se derrumbó y tuvieron que levantarla de nuevo. Nereo estaba en todas partes. Decidía. Corregía. Ordenaba. Empujaba. Cuando alguien decía imposible, encontraba otra manera. La ciudad empezó a seguir la construcción como si se tratara de una batalla.



El día de la inauguración, Ardelia entera salió a las calles. Seis grandes estandartes ardían a cada lado del camino. Nereo cruzó primero. La multitud gritó su nombre. Desde el centro del puente miró hacia la ciudad: miles de personas, campanas, banderas, fuego en las torres. Por un instante sintió que todo aquello le pertenecía. No la ciudad. El instante. Celebraron hasta el amanecer. Sabra encontró a Nereo solo en una terraza.

—¿Feliz?
—Sí.
—¿Seguro?
Nereo contempló las luces.
—Todo el mundo sabe quién soy.
Sabra asintió.
—No te pregunté eso.

El puente transformó Ardelia. Llegaron mercancías, personas, dinero e ideas. También competencia. Otros constructores comenzaron a proponer torres diferentes, nuevas máquinas, puentes más atrevidos. Y por primera vez Nereo descubrió algo desagradable: el fuego no era suyo. Otros también lo tenían.



La rivalidad comenzó con cinco proyectos para una nueva plaza. Nereo presentó uno. Un joven arquitecto llamado Cael presentó otro. Tenía veintidós años y la insolencia propia de quien todavía no ha fracasado lo suficiente. Su diseño era brillante. Nereo lo supo en cuanto lo vio. Lo criticó con dureza.

—No funcionará.

Cael preguntó:

—¿Por qué?

Nereo encontró razones. Algunas verdaderas. Otras no tanto. El Consejo terminó escogiendo un tercer proyecto. Ninguno de los dos ganó. Pero Nereo no olvidó lo que había sentido. Había defendido su lugar como si alguien hubiera intentado quitárselo.

Los años siguientes fueron difíciles. Ardelia estaba llena de talento. Cada nuevo constructor parecía llegar con una idea que nadie había tenido antes. Nereo empezó a trabajar más, a aceptar demasiados encargos, a proponer obras antes de que otros pudieran hacerlo. Seguía siendo respetado. También empezaba a ser temido. Sus equipos rendían, pero la gente abandonaba su taller con frecuencia.

—No aguantan —decía Nereo.

Sabra, ya anciana, respondió:

—Quizá no tengan por qué hacerlo.

—El trabajo exige sacrificios.

—Sí.

—Entonces...

—El problema empieza cuando siempre son los mismos quienes se sacrifican.

Nereo cambió de tema.



A los cuarenta y dos años recibió el encargo de fortificar el acceso oriental. La región atravesaba conflictos políticos. No había guerra. Pero podía haberla. Nereo construyó siete torres defensivas conectadas entre sí mediante señales de fuego. Cuando terminó, el Consejo quiso reducir el número de guardias.

—Las torres ya existen —dijeron.

Nereo se opuso.

—Una estructura no se defiende sola.

—Cuestan demasiado.

—Entonces no debimos construirlas.

—Eso ya está hecho.

Nereo discutió durante semanas y consiguió mantener la dotación completa. Sintió que había ganado. Pero comenzó a pasar noches enteras recorriendo las torres. Revisaba muros, puertas, señales y guardias. Veía fallos en todas partes.

—¿Qué buscas? —preguntó Cael, que ahora trabajaba para el Consejo.

—Problemas.

—¿Y los encuentras?

—Siempre.

Cael sonrió.

—Entonces tu método funciona perfectamente.

Nereo no encontró ninguna gracia.

La guerra nunca llegó. Pasaron cinco años. Las torres continuaban allí. Nereo también seguía vigilándolas. Algunas noches despertaba convencido de haber oído una señal. Subía apresuradamente. Nada. Empezó a desconfiar incluso de sus propios hombres.

—Estás agotado —dijo Sabra.

—Estoy atento.

—No es lo mismo.

—Tú me enseñaste a defender lo construido.

Sabra negó.

—No te enseñé a convertirte en su prisionero.

Nereo se irritó.

—Es fácil hablar cuando ya no diriges nada.

Sabra guardó silencio. Nereo se arrepintió inmediatamente. No pidió disculpas. Eso le molestó todavía más.

Ardelia continuaba acelerándose. Nuevas rutas, contratos, mensajeros, caravanas y obras. Las noticias llegaban en días donde antes tardaban semanas. La ciudad parecía vivir siempre a punto de algo. Nereo amaba aquella velocidad. Y empezó a temer quedarse atrás. Construyó ocho torres de señales para conectar los principales distritos. El sistema fue un éxito: los mensajes atravesaban la ciudad en minutos. Pronto todo se volvió urgente. Un retraso de una hora parecía intolerable. Una respuesta al día siguiente, negligencia. El sistema que debía ahorrar tiempo consiguió que nadie sintiera tenerlo.

Nereo aceptó demasiados proyectos. Un acueducto. Dos talleres. Un puente secundario. Reparaciones en las torres. Un nuevo horno público. La ampliación del mercado. Un depósito. Dos observatorios. Una ruta comercial. Y una enorme escalera tallada en la montaña para comunicar el barrio alto. Su mesa desapareció bajo los planos. Las paredes se cubrieron de notas. Los ayudantes esperaban decisiones. Nereo dormía poco, comía caminando, olvidaba nombres y confundía obras. Una mañana entró al taller preguntando por qué nadie trabajaba en un proyecto que él mismo había cancelado dos semanas antes. Cael lo miró.

—Tienes que parar.

—No.

—No puedes llevar todo.

—Puedo.

—Eso no significa que debas.

Nereo se enfadó.

—¿También tú?

—Especialmente yo.

—¿Por qué?

Cael señaló los planos.

—Porque llevo veinte años intentando alcanzarte y estoy empezando a sospechar que quizá corría detrás de alguien que no sabía a dónde iba.

La frase lo persiguió. Nereo no paró.



Meses después ocurrió el accidente. No fue espectacular. No cayó un puente. No murió nadie. Fue peor de otra manera. Una de las nuevas torres de señales se incendió. El fuego alcanzó el almacén contiguo y destruyó una parte importante de los alimentos destinados al invierno. La investigación encontró la causa. Un defecto en el sistema de ventilación. Nereo había aprobado el

plano. No lo había revisado realmente. Creía haberlo revisado. No era lo mismo. El Consejo no lo destituyó. Eso casi le habría resultado más fácil. Simplemente dijeron:

—Necesitas descansar.

Toda la ciudad supo lo ocurrido. Por primera vez en décadas, Nereo dejó de ser el hombre que resolvía problemas. Era el hombre que había creado uno.

Se encerró en su taller. No salió durante días. Al sexto apareció Sabra. Tenía casi noventa años y caminaba apoyándose en un bastón.

—Tardaste bastante —dijo Nereo.

—Quería darte tiempo para terminar de sentir lástima por ti mismo.

Él casi sonrió.

—Fallé.

—Sí.

—Pudimos perder mucho más.

—Sí.

—Pensé que podía con todo.

—También.

Nereo la miró.

—No eres muy buena consolando.

—Nunca fue mi oficio.

Sabra se sentó.

—¿Recuerdas la primera vara?

Nereo tardó unos segundos.

—Sí.

—¿Qué decía la pared?

—Toma una llama. No tomes el fuego.

—¿Lo entiendes ahora?

Nereo negó. Sabra señaló la ciudad.

—Llevas años intentando cargar con un fuego que nunca te perteneció.



Nereo tardó meses en regresar. No al trabajo. A sí mismo. Empezó por caminar. Sin planos. Sin reuniones. Sin proyectos. Observó construcciones realizadas por otros. Algunas le parecieron malas y resistió el impulso de corregirlas. Otras eran mejores que las suyas. Eso resultó más difícil. Visitó el gran puente de Neral. Seguía en pie. Miles de personas lo atravesaban sin pensar en él. Al principio aquello le dolió. Después comenzó a gustarle. Una obra verdaderamente útil no necesitaba recordar constantemente quién la había construido.

Cael asumió algunos de sus proyectos. Otros se repartieron. Nereo regresó al taller, pero no de la misma manera. Aceptó aprendices. En lugar de explicarles exactamente cómo debían construir, comenzó a preguntar:

—¿Qué intentas resolver?

Aquello desesperaba a los jóvenes.

—Díganos qué hacer.

—No.

—Pero usted sabe.

—A veces.

—Entonces, ¿por qué no nos lo dice?

Nereo sonreía.

—Porque quiero saber si vosotros también podéis saberlo.

Uno de los aprendices se llamaba Ivo. Tenía dieciséis años, cabello oscuro, demasiadas preguntas y una impaciencia casi ofensiva. Inventaba cosas antes de aprender a construirlas correctamente. Nereo se reconoció en él de inmediato.

—Vas demasiado rápido.

—Usted construyó el puente de Neral antes de los treinta.

—Precisamente.

Ivo frunció el ceño.

—Todo el mundo dice que fue extraordinario.

—Lo fue.

—Entonces...

Nereo lo miró.

—Una cosa puede salir bien y, aun así, enseñarte un mal hábito.

Ivo no entendió. Todavía.

Pasaron los años. Sabra murió. Ardelia encendió todas sus torres en su honor. Nereo permaneció solo junto al Fuego Primero. Había llevado una vara de fresno. La acercó a la llama. Durante unos segundos volvió a tener diecisiete años.

—Demasiado fuego —murmuró.

Y sonrió.



Tiempo después, Ardelia enfrentó su mayor crisis. Una sucesión de terremotos sacudió la región. No destruyeron la ciudad, pero bloquearon caminos, dañaron puentes y cortaron canales. Varias comunidades quedaron aisladas. El Consejo convocó a Nereo. Tenía sesenta y ocho años.

—Necesitamos que dirijas la reconstrucción.

Nereo negó.

—No.

El presidente pareció no entender.

—Eres quien mejor conoce la infraestructura.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque si vuelvo a dirigirlo todo, dentro de unos años seguiréis necesitando que vuelva.

—¿Qué propones?

Nereo señaló una mesa.

—Un mapa.

Convocó a constructores de toda la región. Jóvenes y viejos. Rivales. Aprendices. Maestros. Cael. Ivo. Personas con quienes había discutido durante décadas. No les dio órdenes. Dividió el territorio.

—Cada zona elegirá a quien pueda resolver mejor su problema.

—¿Y quién coordina? —preguntó alguien.

—Todos.

Hubo risas.

—Eso es caos.

Nereo asintió.

—Al principio.

—¿Y después?

—Si lo hacemos bien, una red.

Fue difícil. Mucho más difícil que mandar. Los equipos discutían. Las prioridades chocaban. Unos querían reparar caminos; otros, canales; otros, viviendas. Nereo intervenía únicamente cuando era necesario. Algunas decisiones no eran las que él habría tomado. Tuvo que soportarlo. Ivo dirigió la construcción de un puente provisional. Nereo detectó tres errores. Corrigió uno. Los otros dos los dejó. Cael lo observó.

—Estás enfermo.

Nereo sonrió.

—Me estoy recuperando.

En seis meses las rutas principales estuvieron abiertas. En un año, la región funcionaba mejor que antes. Pero lo verdaderamente nuevo no fueron los caminos. Fueron las señales. Cada comunidad construyó una torre sencilla. Cuando una ruta quedaba abierta, encendían una llama. Cuando necesitaban ayuda, otra. Cuando tenían materiales sobrantes, una tercera. Por la noche, las montañas comenzaron a llenarse de pequeños fuegos. No pertenecían a Ardelia. No respondían a una sola ciudad. Era una red. Nereo subió a una colina. Contó. Una. Cinco. Doce. Treinta. Más allá del horizonte sabía que había otras que no podía ver. Cael estaba a su lado.

—Tu idea.

Nereo negó.

—No.

—Tú propusiste el sistema.

—Sí.

—Entonces...

Nereo contempló las luces.

—Eso fue encender una llama.

Señaló el horizonte.

—Esto es lo que hicieron los demás con ella.

A los setenta y cinco años, Nereo fue nombrado **Guardián del Fuego Primero**. Era un cargo ceremonial. Nadie esperaba que construyera nada. Aceptó precisamente por eso. Pasaba las mañanas recibiendo aprendices. Subían con sus varas. Las encendían. Descendían. Todos terminaban haciendo la misma pregunta:

—¿Qué debo hacer con esta llama?

Nereo respondía:

—No lo sé.

Algunos se decepcionaban. Otros insistían.

—Entonces, ¿para qué sirve?

—Para recordarte que puedes empezar algo.

—¿Qué?

Nereo sonreía.

—Eso es lo que tendrás que descubrir.

Un día llegó Ivo. Tenía ya cuarenta años y era uno de los constructores más reconocidos de la región. Traía consigo un proyecto enorme: una red de caminos destinada a comunicar todas las ciudades del valle.

—Quiero que lo revises.

Nereo miró los planos.

—No.

Ivo se sorprendió.

—¿Por qué?

—Porque llevas cinco años trabajando en esto.

—Precisamente.

—¿Confías en tu equipo?

—Sí.

—¿En ti?

Ivo tardó en responder.

—Creo que sí.

—Entonces no necesitas mi permiso.

—No estoy pidiendo permiso.

Nereo sonrió.

—Entonces tampoco necesitas fingir que no lo estás pidiendo.

Ivo rio y enrolló los planos.

—Me irrita que sigas haciendo eso.

—Buena señal.

La última obra de Nereo fue pequeña. Mucho más pequeña que cualquiera de las que habían hecho famoso su nombre. Mandó construir una plataforma en lo alto de la torre del Fuego Primero. Nada más. Sin estatua. Sin inscripción. Sin monumento. Solo una terraza desde la cual pudiera contemplarse Ardelia y, más allá, las luces de las otras comunidades. El Consejo preguntó:

—¿No quieres que lleve tu nombre?

—No.

—¿Una placa?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cómo sabrán quién la construyó?

Nereo miró el horizonte.

—Espero que estén demasiado ocupados mirando otra cosa.

Murió durante el invierno. No hubo tragedia. Tenía ochenta y un años. Se durmió. No despertó. La noticia recorrió la red de señales. Al caer la noche, Ardelia encendió sus torres. Después lo hizo la comunidad vecina. Luego otra. Y otra. Una línea de fuego avanzó por el valle, cruzó montañas, puentes, ríos y ciudades hasta que, según quienes observaban desde la plataforma superior, parecía que la tierra entera estuviera respondiendo. Nadie había dado la orden. No existía protocolo alguno. Cada ciudad vio una llama en el horizonte y decidió encender la suya.

Años después, un aprendiz preguntó a Ivo:

—¿Nereo fue el hombre que encendió todas aquellas torres?

Ivo negó.

—No.

—Pero construyó el sistema.

—Una parte.

—Entonces, ¿qué hizo?

Ivo contempló la llama que el muchacho sostenía en su vara.

—Aprendió la diferencia entre iniciar un fuego y necesitar ser su dueño.

El joven guardó silencio.

—¿Eso es liderazgo?

Ivo pensó.

—A veces.

—¿Y las otras veces?

—Las otras veces consiste en saber cuándo apartarse para que otros también puedan encender algo.



Muchos siglos después, Ardelia desapareció. No de golpe. Las rutas cambiaron. Los ríos desplazaron sus cauces. Las montañas reclamaron caminos y las ciudades crecieron en otras direcciones. Algunas torres cayeron. Otras sobrevivieron. El Fuego Primero terminó apagándose. O quizá nadie regresó para comprobar si todavía ardía. Pero los arqueólogos que excavaron la región encontraron algo extraño. Catorce imágenes. Habían sido guardadas dentro de una caja de piedra. No estaban numeradas como una historia. No contenían instrucciones. Cada una mostraba un momento distinto. Una mano ofreciendo una vara encendida. Un hombre contemplando dos caminos desde una torre. Tres estructuras proyectándose hacia el horizonte. Una celebración. Cinco voluntades enfrentadas. Un vencedor reconocido.

Un defensor solo ante quienes ascendían. Ocho varas atravesando el cielo. Un hombre herido que todavía permanecía en pie. Otro cargando demasiado. Un joven contemplando una llama como si acabara de descubrir el mundo. Un jinete avanzando demasiado rápido. Una mujer capaz de dominar el fuego sin apagarlo. Y finalmente un rey contemplando una red de luces que ya no necesitaba encender personalmente. No parecía la biografía de una sola persona. Tampoco una cronología literal de Ardelia. Era algo distinto. Una arquitectura de la voluntad. Desde la chispa hasta el dominio. Desde el impulso hasta la responsabilidad. Desde la necesidad de comenzar hasta la capacidad de lograr que otros también pudieran hacerlo.

En la tapa de la caja había una inscripción:

TODA VOLUNTAD NECESITA FUEGO, PERO TODO FUEGO NECESITA DIRECCIÓN.

Y debajo, un único nombre:

EL REINO DE LA LLAMA REVELACIÓN DEL PRIMER REINO

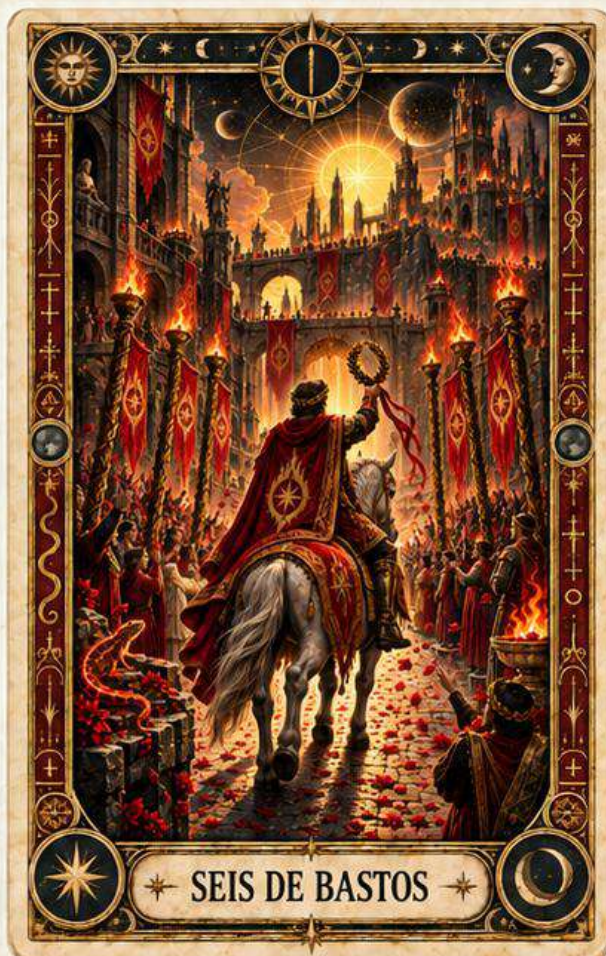
BASTOS — EL REINO DE LA LLAMA

**AS · DOS · TRES · CUATRO · CINCO · SEIS · SIETE · OCHO · NUEVE · DIEZ ·
SOTA · CABALLERO · REINA · REY**

«Toda voluntad necesita fuego, pero todo fuego necesita dirección.»

















Elena tocó uno. Esta vez no discutió. El cofre produjo un sonido más profundo que en las ocasiones anteriores. Una sección lateral comenzó a abrirse lentamente. No era un compartimiento. Cuando la historia terminó, ninguno de los cuatro habló de inmediato. El gran mapa del **Reino de la Llama** permanecía desplegado sobre la mesa. Pero algo había cambiado. Catorce pequeños puntos ardían ahora sobre su superficie. No como tinta. Como brasas. Baltasar acercó una mano.

—Están calientes.

para una carta. Era mucho mayor. Adrián levantó la tapa interior. Dentro había un mazo. Catorce cartas atadas con un cordón carmesí. Nadie las había colocado allí. Lía deshizo el nudo y las extendieron una a una sobre la mesa.

AS DE BASTOS.

Después el Dos. El Tres. El Cuatro. Hasta llegar al Diez. Luego:

SOTA. CABALLERO. REINA. REY.

Las imágenes correspondían a las escenas que acababan de atravesar en el relato, aunque ninguna reproducía literalmente la historia. Era como si Ardelia, sus habitantes y la vida de Nereo hubieran sido únicamente una de las innumerables formas posibles de vivir una misma ley. Adrián miró el cofre.

—Ahora lo entiendo.

Elena levantó la vista.

—¿Qué?

—Los Arcanos Mayores llegan de uno en uno.

Señaló las catorce cartas.

—Esto no.

Lía comprendió.

—Porque no hemos encontrado catorce acontecimientos.

Baltasar contempló el mapa.

—Hemos encontrado un territorio.

Adrián colocó el mazo dentro del compartimiento lateral. Encajó de una sola vez. El mecanismo descendió y el interior del cofre volvió a transformarse. Seis cartas individuales. Catorce cartas de Bastos. En la madera apareció una cifra:

20 DE 78

Por primera vez, el cofre empezaba realmente a llenarse. En la cara interna de la tapa surgió una inscripción:

NO CONFUNDAS LA CHISPA CON EL CAMINO.

Debajo apareció durante unos segundos una pequeña figura de doce caras. Uno de los dodecaedros. Después desapareció. Elena la vio.

—La misma figura.

Lía asintió.

—Sí.

Elena miró hacia el pequeño triángulo de bronce que habían encontrado en el libro. No pronunció el nombre. No era necesario.



Sobre el pergamino, las llamas de las montañas comenzaron a extinguirse una a una. El **Reino de la Llama** desapareció. En su lugar apareció una línea azul. Después otra. Canales. Lagos. Puentes.

Un palacio reflejado sobre aguas oscuras. Pero antes de que el nuevo territorio llegara a formarse, toda la imagen se detuvo. Una frase ocupó el centro del pergamino:

ANTES DEL AGUA, DEBERÉIS APRENDER QUÉ OCURRE CUANDO DOS CAMINOS DECIDEN CONVERTIRSE EN UNO.

Adrián miró el siguiente espacio del cofre. Había aparecido un nuevo número:

VI

El agua se desvaneció. También los canales. También el palacio. El Atlas todavía no estaba dispuesto a mostrarles el segundo reino. Primero tendrían que atravesar otra historia.



SEGUNDO MOVIMIENTO

LOS VÍNCULOS QUE CAMBIAN EL CAMINO

SÉPTIMO TRÁNSITO

LA CARTA QUE LLEGÓ DEMASIADO PRONTO



La primera carta llegó tres días antes de que nadie la escribiera. Eso fue lo que Elena afirmó después de comprobar seis veces la fecha. Adrián no quiso discutir con ella. Baltasar sí.

—Una carta no puede llegar antes de existir.

Elena levantó el sobre.

—Entonces tenemos un problema.

Lía observó el sello. No pertenecía a ningún correo conocido. Tampoco había remitente. Solo un nombre escrito con tinta azul:

ELENA VARGA

Elena no lo abrió.

—¿Qué esperas? —preguntó Baltasar.

—Una explicación mejor.

—Puedes empezar por dentro.

—O puedo empezar por comprobar si alguien intenta manipularnos.

Adrián examinó el matasellos.

—La fecha es de dentro de tres días.

Baltasar sonrió.

—Eso reduce bastante las explicaciones normales.

Elena le lanzó una mirada.

—No ayuda.

El sobre había aparecido dentro del cofre. No en el compartimiento de las cartas, sino en el siguiente espacio vacío. Junto al número:

VI

No había ningún otro símbolo. Ninguna de las señales que habían empezado a reconocer. Nada relacionado con los dodecaedros. Solo el sobre. Lía pasó un dedo sobre el papel.

—Está caliente.

Elena retiró la mano.

—No empieces.

—No he empezado.

Adrián señaló el nombre.

—Está dirigido a ti.

—Lo sé leer.

—Entonces ábrelo.

Elena respiró hondo y rompió cuidadosamente uno de los bordes. Dentro había una sola hoja. La letra pertenecía a una mujer. Era elegante, firme y absolutamente desconocida. Elena leyó:

Querida Elena: Todavía no me conoces. Eso hace más difícil escribirte, aunque para cuando leas esta carta ya habremos hablado.

Baltasar levantó la vista.

—Prometedor.

Elena continuó:

No confíes en mí por esta carta. Tampoco desconfíes de mí únicamente por ella. Cuando nos encontremos tendrás que elegir algo que todavía no sabes que estás eligiendo.

Si eliges quedarte, perderás una cosa. Si eliges marcharte, perderás otra. No intentes evitar la pérdida. Eso también sería una elección.

Elena dejó de leer. Lía la observaba.

—¿Hay firma?

Elena bajó la mirada. Sí.

CLARA HAVEL

Debajo:

17 DE OCTUBRE

Elena miró a Adrián.

—Hoy es catorce.

—Sí.

Baltasar señaló el matasellos.

—Tres días.

Elena volvió a examinar la hoja.

—No hay dirección.

Lía miró el reverso.

—Sí hay algo.

Una línea, escrita casi en el borde:

NOS VEREMOS DONDE DOS CAMINOS COMPARTEN UNA SOLA PUERTA.

Adrián desplegó el pergamino. No apareció ninguna coordenada nueva. Solo dos líneas. Una llegaba desde el este. Otra desde el oeste. Se unían en un punto y, a partir de allí, continuaban como una sola. Elena frunció el ceño.

—Demasiado obvio.

Baltasar sonrió.

—Te preocupa más cuando parece comprensible.

—Me preocupa todo lo que parece diseñado para ser comprendido demasiado rápido.

Lía señaló una pequeña marca sobre el mapa.

—Aquí.

El punto de unión coincidía con una antigua estación ferroviaria. Adrián leyó el nombre.

—San Arel.

Elena levantó la vista.

—¿Existe?

—Sí.

—Por fin.

Adrián continuó leyendo.

—Pero está cerrada.

—Por supuesto.



Llegaron al día siguiente. La estación de San Arel estaba abandonada. Dos vías llegaban desde direcciones opuestas, se unían poco antes del andén principal y después desaparecían dentro de un túnel. Una sola puerta daba acceso a la sala de espera. Lía miró el pergamino.

—Dos caminos. Una puerta.

Elena guardó la carta en el bolsillo.

—Eso no significa que Clara vaya a estar aquí.

Baltasar observó el edificio.

—Todavía faltan dos días para la fecha.

Elena lo miró.

—Gracias por recordarlo.

La sala de espera estaba vacía. Bancos de madera. Una ventanilla cerrada. Carteles antiguos. Un reloj detenido. Nada más. Adrián recorrió el andén. Baltasar examinó las vías. Lía se quedó frente al reloj. Marcaba:

17:17

—Curioso —dijo.

Elena miró hacia arriba.

—Está parado.

—Lo sé.

—Entonces no es curioso.

Lía sonrió.

—Para ti, casi nada lo es.



Esperaron. No ocurrió nada. Al anochecer decidieron marcharse. Entonces escucharon un tren. No debería haber habido ninguno. Las vías estaban inutilizadas. Adrián salió al andén. Un convoy oscuro avanzaba desde el este. Sin luces. Sin número. Sin destino. Elena cerró los ojos un instante.

—Otra vez no.

Baltasar la miró.

—¿Qué?

—Vehículos que aparecen donde no deberían.

El tren se detuvo. Solo una puerta se abrió. Descendió una mujer. Cabello oscuro. Abrigo gris. Una maleta pequeña. Tendría unos treinta años. Miró directamente a Elena.

—Llegaste antes.

Elena se quedó inmóvil. Baltasar murmuró:

—Eso sí me gusta.

La mujer se acercó.

—Elena Varga.

—¿Clara Havel?

Ella sonrió.

—Todavía no me has escrito.

Elena sintió por un instante que el suelo había dejado de ser completamente fiable.

—Yo no te he escrito nada.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo me conoces?

Clara señaló con la mirada la carta que sobresalía del bolsillo de Elena.

—Porque ya la recibiste.

Entraron en la estación. Clara no parecía sorprendida por ninguno de los cuatro. Eso inquietó a Adrián.

—¿Nos conoce?

—A algunos más que a otros.

—¿De dónde?

—De una posibilidad.

Elena endureció la voz.

—No hables así.

Clara la miró.

—¿Así cómo?

—Como si supieras algo que nosotros no sabemos.

—Sé algo que tú todavía no sabes.

—Entonces dilo.

Clara negó.

—Si te lo digo ahora, cambiarás la elección.

—¿Qué elección?

—Precisamente.

Baltasar observó a ambas.

—Empiezo a entender por qué la carta era para Elena.

Lía no dijo nada. Miraba las manos de Clara. En la izquierda llevaba un anillo. En la derecha, ninguno. Pero en uno de los dedos quedaba la marca pálida de haber llevado otro hacía poco tiempo.

Clara abrió la maleta. Dentro había dos objetos. Una cinta roja. Y una llave. Los colocó sobre uno de los bancos.

—Debes elegir uno.

Elena soltó una risa seca.

—No.

Clara la observó.

—Eso también cuenta.

—No voy a participar en un juego que no comprendo.

—Nunca se comprende completamente una elección antes de hacerla.

—Eso no significa que deba aceptar condiciones absurdas.

Clara asintió.

—No.

Elena se quedó quieta.

—¿No?

—No debes.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Clara señaló los objetos.

—Porque ya elegiste venir.

Adrián intervino.

—¿Qué representan?

—Nada.

—¿Entonces qué son?

—Una llave y una cinta.

Baltasar sonrió.

—Eso sí me gusta.

Elena ignoró el comentario.

—¿Qué ocurre si elijo la llave?

—Algo.

—¿Y la cinta?

—Otra cosa.

—Eso no es información.

—Es toda la que necesitas.

—Tú no decides lo que necesito.

Clara sostuvo su mirada.

—Exactamente.

Elena guardó silencio. Lía la observó, pero no intentó aconsejarla. Eso fue importante.

Pasaron varios minutos. Elena caminó hasta el andén. Las dos vías seguían uniéndose frente a ella: una desde el este, otra desde el oeste. Después, una sola entrada al túnel. Clara se acercó.

—¿Qué pierdo? —preguntó Elena.

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque entonces elegirías la pérdida que te resultara más soportable.

—Eso parece razonable.

—Sí.

—¿Entonces?

Clara tardó un instante.

—Y dejarías de elegir aquello que realmente quieres.

Elena miró las vías.

—¿Qué quieres tú?

Esta vez fue Clara quien necesitó tiempo.

—Que no me elijas por miedo a perderme.

Elena se volvió. Por primera vez, Clara parecía frágil.

—No te conozco.

—Todavía.

Regresaron a la sala. Elena tomó la llave. Nada ocurrió. Clara cerró los ojos. Baltasar miró la cinta roja.

—¿Eso era todo?

Clara negó.

—No.

La puerta de la estación se abrió sola. Afuera aparecían ahora dos caminos. Elena sostuvo la llave. Clara guardó la cinta dentro de la maleta.

—Ahora debo irme.

—¿Adónde?

—Al lugar al que tú no elegiste ir.

Elena frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tendrá.

—¿Nos volveremos a ver?

Clara sonrió.

—Ya lo hicimos.

Elena apretó la llave.

—Eso tampoco responde.

—No.

Clara caminó hasta la vía occidental. El tren la esperaba. Antes de subir se volvió hacia Elena.

—Dentro de tres días me escribirás.

Elena negó.

—No.

—Entonces la carta nunca llegará.

Baltasar levantó el sobre.

—Ya llegó.

Clara sonrió.

—Precisamente.

Subió. La puerta se cerró. El tren se alejó hasta desaparecer en la oscuridad.



Tres días después estaban alojados en una pequeña posada. Elena apenas había hablado desde San Arel. A las once de la noche pidió papel. Adrián la observó.

—¿Vas a escribirle?

—No sé.

Lía no preguntó. Baltasar tampoco. Elena tomó la pluma.

Querida Elena: Todavía no me conoces...

Se detuvo. Sacó la primera carta y comparó las palabras. Eran idénticas. Dejó la pluma.

—No.

Arrugó la hoja y la lanzó al fuego. Esperó. Nada ocurrió. A medianoche apareció otra hoja sobre la mesa. En blanco. Baltasar la miró.

—Parece insistente.

Elena lo ignoró. Volvió a tomar la pluma. Esta vez escribió con sus propias palabras. No copiando. No obedeciendo. Cuando terminó, comparó ambas cartas. No eran iguales. Pero decían lo mismo. Adrián leyó la fecha.

17 DE OCTUBRE

Elena dobló la hoja.

—¿Dónde la enviamos?

Nadie respondió. Entonces el cofre se abrió. Dentro había un sobre vacío. En el frente aparecía escrito el mismo nombre:

ELENA VARGA

Elena comprendió. Introdujo la carta. El sobre desapareció. No ardió. No se disolvió. Simplemente dejó de estar. Baltasar soltó el aire lentamente.

—Eso sí es nuevo.

La llave seguía sobre la mesa. Lía la tomó. No había nada que pudieran encontrar. Adrián desplegó el pergamino. Una nueva imagen comenzaba a formarse. Dos figuras estaban frente a una puerta. Entre ellas había una línea roja. No estaban unidas. Tampoco separadas. Debajo aparecieron unas palabras:

NO TODA ELECCIÓN CONSISTE EN ESCOGER ENTRE DOS COSAS.

Y luego:

A VECES CONSISTE EN ACEPTAR QUE NINGUNA ELECCIÓN CONSERVARÁ TODO.

Elena cerró los ojos. No pronunció el nombre del Arcano. Todavía no. Abrió la mano. En su palma descansaba ahora la cinta roja. La misma que Clara se había llevado. Nadie preguntó cómo había llegado allí. En el interior del cofre, el espacio marcado con **VI** comenzó a iluminarse. Debajo apareció un título:

LA CARTA DE AMOR CON FECHA DE MAÑANA

Lía observó la cinta.

—Esta vez no vamos a leer una historia sobre encontrarse.

Elena miró la llave.

—No.

—¿Entonces?

Elena permaneció un instante en silencio.

—Sobre elegir qué hacer después de haberse encontrado.

Y así comenzó el siguiente relato.

CUENTO VII

LA CARTA DE AMOR CON FECHA DE MAÑANA



Clara Havel recibió la primera carta un miércoles. La fecha escrita en la parte superior decía jueves. Pensó que era un error. No lo era. La carta comenzaba así:

Querida Clara: Mañana vas a conocerme. No quiero que confíes en mí por lo que dice esta carta. Tampoco quiero que desconfíes únicamente porque ha llegado demasiado pronto. Cuando nos encontremos tendrás que elegir. No entre dos personas. Entre dos futuros.

Clara leyó el texto tres veces. No había firma. Solo una inicial:

E

Guardó la carta en un cajón. Y decidió no pensar más en ella.



Al día siguiente conoció a Elías. No en una estación. Ni en un lugar extraordinario. En una tienda de libros usados. Él intentaba alcanzar un volumen situado demasiado alto. Clara lo tomó antes.

—Ese era mío —dijo él.

—Todavía estaba en la estantería.

—Lo estaba mirando.

—Mirar no es comprar.

Elías sonrió.

—Eso suena como una doctrina peligrosa.

Clara sostuvo el libro contra el pecho.

—Depende de cuánto te guste perder oportunidades.

Él la miró con atención.

—Entonces supongo que debería presentarme antes de perder otra.

Clara sintió un frío pequeño en el estómago.

—¿Cómo te llamas?

—Elías.

La inicial.

E.

Clara dejó el libro sobre el mostrador.

—No.

Elías frunció el ceño.

—¿No qué?

—Nada.

Compró el libro. Y se marchó.

La segunda carta llegó aquella noche. Misma letra. Mismo papel. Fecha del día siguiente.

Hoy me encontraste. Mañana intentarás evitarme. No funcionará. No porque exista un destino que te obligue. Porque algunas personas aparecen en nuestra vida antes de que sepamos si queremos que permanezcan.

Clara sintió rabia. Rompió la carta y arrojó los pedazos al fuego. A la mañana siguiente encontró otra copia bajo la puerta. Intacta.

Evitó la tienda. Cambió de camino. Almorzó en otro lugar. No cruzó la plaza. A media tarde comenzó a llover y buscó refugio bajo el toldo de una cafetería. Elías estaba allí.

—Tú —dijo Clara.

Él sonrió.

—Yo.

—¿Me estás siguiendo?

La sonrisa desapareció.

—No.

—¿Seguro?

—Bastante.

Clara lo observó. Parecía sinceramente confundido.

—¿Has escrito alguna carta?

—Muchas.

—¿A mí?

—No.

—¿Seguro?

—Eso sí.

Clara respiró.

—Bien.

Elías miró la lluvia.

—¿Quieres tomar algo?

—No.

—Entonces puedo irme.

Clara se sorprendió.

—¿Así de fácil?

—¿Cómo debería ser?

No supo qué responder. Elías salió bajo la lluvia. Clara lo vio alejarse. Y sintió una decepción completamente absurda.

La tercera carta llegó al amanecer.

Hoy creerás que la elección consiste en acercarte o alejarte. Todavía no. Primero debes descubrir qué parte de ti está eligiendo. El miedo también sabe disfrazarse de prudencia. El deseo también sabe disfrazarse de verdad.

Clara dejó la carta sobre la mesa. Por primera vez no la rompió.



Volvió a ver a Elías dos días después. Esta vez por decisión propia. Regresó a la tienda de libros y lo encontró frente al mismo estante. Estaba leyendo. Clara se acercó.

—¿Siempre vienes aquí?

—No.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Porque compraste el libro que yo quería.

—¿Y?

—Quería saber si quedaba otro ejemplar.

Clara sonrió.

—No queda.

—Entonces tendré que pedirte que me prestes el tuyo.

—Eso suena como una estrategia.

—Lo es.

Se sentaron. Hablaron durante dos horas. Después durante cuatro. Clara descubrió que Elías era músico, odiaba madrugar, mentía muy mal y tenía la irritante costumbre de contestar preguntas con otras preguntas. Él descubrió que Clara temía a los ascensores, coleccionaba mapas de ciudades que jamás había visitado y podía recordar conversaciones completas años después de haberlas tenido. Ninguno habló de las cartas.

La relación comenzó lentamente. Café. Paseos. Libros. Silencios. Una tarde Elías le tomó la mano. Clara no la retiró. Aquella noche llegó otra carta. Solo decía:

YA EMPEZÓ.

Clara la guardó.

Pasaron los meses. Las cartas continuaron llegando. No siempre anunciaban grandes acontecimientos. A veces advertían:

Mañana dirás algo que no quieres decir.

Y ocurría. Otras veces:

Mañana él tendrá miedo y fingirá estar enfadado.

También ocurría. Clara comenzó a depender de ellas. Las esperaba antes de dormir. Al principio las había considerado una amenaza. Después, una ayuda. Luego, una ventaja. Sabía cuándo callar. Cuándo preguntar. Cuándo esperar. Cuándo no insistir. Su relación con Elías comenzó a parecer extraordinariamente armoniosa. Demasiado.



Una noche no llegó ninguna carta. Clara esperó hasta las dos. Nada. Hasta las tres. Nada. Durmió mal. Al día siguiente discutieron. Por algo pequeño. Elías había olvidado una cita. Clara se enfadó. Él también. La discusión creció hasta que, en algún momento, Elías dijo:

—A veces siento que sabes lo que voy a decir antes de que lo diga.

Clara se quedó inmóvil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre estás preparada.

—Eso no es malo.

—A veces sí.

—¿Preferirías que discutiéramos peor?

Elías negó.

—Preferiría que estuvieras conmigo.

Se detuvo.

—No tres pasos delante.

La frase la hirió. Porque era verdad.

Aquella noche llegó una carta.

Las cartas no están evitando el conflicto. Están evitando que lo vivas.

Clara sintió miedo. Continuó leyendo:

No puedes amar a alguien si conviertes cada sorpresa en una amenaza que debe ser neutralizada. El vínculo necesita incertidumbre. De otro modo no es encuentro. Es administración.

Clara cerró los ojos. Por primera vez deseó que no llegara ninguna más.

La siguiente apareció de todos modos.

Mañana Elías te pedirá que te marches con él.

Clara dejó de respirar por un instante. Él llevaba semanas hablándole de una ciudad costera. Había recibido allí una oportunidad de trabajo, pero nunca había sugerido que ella lo acompañara. La carta continuaba:

Si aceptas, perderás algo. Si rechazas, también. No intentes elegir la opción sin pérdida. No existe.

Clara no durmió.

Elías llegó al día siguiente con una carpeta bajo el brazo.

—Me ofrecieron el puesto.

Clara ya lo sabía.

—¿Lo aceptarás?

—Sí.

Hubo un silencio.

—Quiero que vengas conmigo.

La frase fue exactamente la que Clara había esperado. Y sintió que algo se rompía. No por la propuesta. Por haberla vivido antes.

—¿Por qué?

Elías sonrió.

—Porque te quiero.

—Eso no basta.

La sonrisa desapareció.

—No.

Clara no esperaba aquella respuesta.

—¿Y si me arrepiento?

—Puede pasar.

—¿Y si tú te arrepientes?

—También.

—¿Y si no funciona?

—Entonces no funciona.

Clara se enfadó.

—Hablas como si fuera fácil.

—No lo es.

—Entonces dame una razón mejor.

Elías la miró durante unos segundos.

—No puedo darte una garantía.

La palabra quedó suspendida entre ambos.

Garantía.

Clara pensó en todas las cartas. En las advertencias. En los conflictos previstos. En cada dolor que había intentado neutralizar antes de sentirlo. En todo aquello que había querido proteger.

—Necesito tiempo —dijo.

Elías asintió.

—Tómalo.

—¿Cuánto?

—El que necesites.

—Eso no ayuda.

—No estoy intentando ayudarte a decidir.

Clara lo miró.

—¿Por qué no?

—Porque quiero saber si eliges venir conmigo.

Hizo una pausa.

—No si consigues convencerte de que es lo correcto.



Aquella noche llegó la carta más larga.

Mañana creerás que debes escoger entre quedarte o marcharte. No. La elección verdadera es otra. Debes decidir si quieres una vida en la que nada importante ocurra sin haber sido anunciado. Si sigues leyendo estas cartas podrás evitar algunos dolores.

También algunas sorpresas. Algunas pérdidas. Y algunas formas de amor que solo existen porque nadie sabe de antemano qué van a exigir. Puedes conservar las cartas. O puedes conservar la incertidumbre. No ambas.

Debajo había una última línea:

MAÑANA LLEGARÁ LA ÚLTIMA.

Clara tembló.

La última carta llegó al amanecer. Estaba sellada. En el frente decía:

NO ABRIR HASTA HABER ELEGIDO.

Clara la sostuvo durante horas. No la abrió. Elías debía marcharse aquella tarde. Clara tenía una maleta preparada. No sabía si llevarla. Miró el sobre. Podía abrirlo. Saber. Tal vez allí estuviera escrito si debía irse con él. Si serían felices. Si terminarían separados. Si habría dolor. Si todo acabaría mal. Tal vez incluso dijera cómo evitarlo. Eso era precisamente lo que más deseaba saber. Y por eso comprendió que no debía saberlo.



Fue a la estación. Elías estaba solo en el andén. La vio llegar. Después vio la maleta.

—Entonces vienes.

Clara se detuvo.

—Sí.

Él sonrió.

—¿Estás segura?

Clara soltó una carcajada.

—No.

Elías la miró sorprendido. Ella sacó el sobre.

—Tengo que hacer algo primero.

Lo sostuvo sobre una papelera metálica y encendió una cerilla. Elías frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Una respuesta.

—¿A qué?

Clara miró por última vez el sobre.

—A una pregunta que ya no quiero hacer.

Acercó la llama. No abrió la carta. El papel ardió lentamente. Las letras desaparecieron. Por primera vez en meses, Clara no sabía qué ocurriría al día siguiente. Sintió terror. Y alivio. Subió al tren.



Vivieron juntos muchos años. No siempre fueron felices. Y eso importaba. Discutieron. Se equivocaron. Se separaron durante seis meses. Volvieron. Perdieron dinero. Cambiaron de ciudad. Tuvieron una hija. Después decidieron no tener más. Una vez estuvieron a punto de terminar definitivamente. Otra vez Elías quiso marcharse solo. Clara también pensó en dejarlo. Hubo enfermedades, deseos incompatibles, planes que no coincidieron y palabras que tardaron demasiado en ser perdonadas. Pero hubo también mañanas sencillas. Café. Libros. Manos. Silencios que no

necesitaban explicación. Clara descubrió algo que las cartas jamás le habían enseñado: amar no era elegir una vez.

Era volver a elegir sin saber exactamente quién sería el otro después de cada cambio. Ni quién sería uno mismo.



Muchos años después, Elías enfermó. Gravemente. Una tarde Clara encontró un sobre bajo la puerta. Reconoció el papel. La tinta. La letra. Habían pasado cincuenta años. En el frente solo decía:

PARA CLARA

No tenía fecha. Lo sostuvo entre las manos. Elías dormía en la habitación contigua. Clara supo qué podía contener. Tal vez la fecha de su muerte. Tal vez una despedida. Tal vez una manera de evitarla. Se sentó junto al fuego. No abrió la carta. Esperó.

Elías murió tres días después. Clara lloró. Durante meses. Nunca abrió el sobre. Lo guardó dentro de una caja. Años después, cuando sintió que su propia vida comenzaba a acercarse al final, llamó a su hija y se la entregó.

—Hay una carta dentro.

—¿Quieres que la lea?

—No.

—¿Qué hago con ella?

Clara sonrió.

—Lo que quieras.

Su hija frunció el ceño.

—Eso no ayuda.

Clara volvió a sonreír. —Precisamente.

Después de la muerte de Clara, su hija abrió la caja. El sobre seguía allí. Lo abrió. No contenía ninguna predicción. Solo una frase:

NINGUNA ELECCIÓN CONSERVA TODOS LOS CAMINOS.

Y debajo:

UNIRSE A ALGUIEN ES ACEPTAR TAMBIÉN LAS VIDAS QUE YA NO VIVIREMOS.

Había además una imagen. Dos figuras se encontraban bajo un cielo abierto. Entre ellas descendía una presencia luminosa. No parecían encadenadas. Tampoco separadas. Estaban frente a una elección. No sobre si amarse. Sino sobre qué estaban dispuestas a transformar para hacerlo. En la parte superior aparecía:

VI

REVELACIÓN
ARCANO VI — LOS ENAMORADOS
Elección · deseo · unión · dualidad



*Elegir es aceptar que toda unión
deja una ausencia.*

OCTAVO TRÁNSITO

LOS DOS CABALLOS DEL MISMO CAMINO

DISTINTOS
EN ESENCIA

UNIDOS
EN DIRECCIÓN

EPÍLOGO

EL COFRE COMPLETO



Colocaron las setenta y ocho cartas sobre la mesa. No por orden. Todavía no. Primero las extendieron boca abajo, una junto a otra, hasta cubrir casi toda la superficie. Setenta y ocho reversos idénticos. La misma puerta. El mismo Sol. La misma Luna. Geometría. Oro antiguo. Negro profundo. Carmesí. Desde atrás, ninguna carta revelaba qué historia contenía. El Loco era indistinguible de La Muerte. La Estrella, de La Torre. El As de Oros, del Diez de Espadas. Todas ofrecían la misma entrada. Baltasar pasó lentamente una mano sobre ellas. Sin tocarlas.

—Después de todo este tiempo, nunca había pensado en esto.

Elena preguntó: —¿En qué?

—En que por detrás son iguales.

Adrián sonrió.

—Eso suele ocurrir con las cartas.

—No me refiero a eso.

Baltasar señaló la mesa.

—Nosotros sabemos qué hay al otro lado porque ya las hemos visto. Pero antes de girarlas...

Lía completó: —Ninguna anuncia lo que va a mostrar.

Adrián tomó una. No miró cuál. La sostuvo entre dos dedos.

—Quizá por eso la puerta.

Elena observó el reverso.

—¿La puerta?

—Cada carta comienza igual.

Baltasar añadió: —Entrando.

Lía miró el Sol y la Luna enfrentados sobre la geometría del reverso.

—O atravesando algo que está entre ambos.

Nadie intentó precisar más. No era necesario.



Entonces ordenaron el Atlas. Primero los veintidós Arcanos Mayores. Del 0 al XXI. Después los cuatro Reinos.

Bastos.

Copas.

Espadas.

Oros.

Catorce cartas en cada uno. Adrián contó una vez. Baltasar volvió a contar. Elena lo hizo por tercera vez. Lía esperó.

—Setenta y ocho —dijo Elena.

Baltasar la miró.

—¿Conforme?

Ella observó la mesa.

—Ahora sí.

El cofre permanecía abierto frente a ellos. Por primera vez podían contemplar todos sus compartimientos sin un solo espacio destinado a cartas vacío. Las piezas encajaban con una precisión que habría parecido imposible al comienzo del viaje. No sobraba espacio. No faltaba ninguno. Los cuatro Reinos ocupaban sus secciones. Los Arcanos Mayores, el núcleo. Y sobre ellos, en su alojamiento conocido, descansaban los tres instrumentos. La madera, el metal y las líneas geométricas formaban algo que ya no parecía una caja construida para guardar cartas. Parecía una estructura.



Adrián colocó el último grupo. Esperaron. Nada ocurrió. Baltasar frunció el ceño.

—Eso es decepcionante.

Elena respondió: —Quizá el cofre simplemente está completo.

—Después de todo lo que hemos visto, la palabra «simplemente» ya no me convence.

Intentaron bajar la tapa. No cerró. Baltasar volvió a intentarlo. Algo la detenía.

—Hay una pieza mal colocada.

Retiró las cartas superiores. Revisó. Todo estaba correcto. Volvió a colocarlas. La tapa siguió sin bajar. Baltasar recorrió con los dedos el borde interior. Después el fondo. Luego los laterales. Golpeó suavemente la madera. Se detuvo.

—Aquí.

Elena se acercó.

—¿Qué?

—Hueco.

Había una placa interior que parecía formar parte del propio fondo. Baltasar presionó. Nada. Buscó una unión. Nada. Finalmente introdujo una lámina fina en una ranura apenas visible. La sección cedió. Los cuatro se inclinaron.



Debajo apareció un segundo nivel del mecanismo. No era otro compartimiento para cartas. Tampoco el alojamiento donde los dodecaedros habían reposado durante el viaje. Era algo más profundo. Tres encastres de doce caras estaban conectados mediante líneas metálicas con el centro del cofre. Nadie necesitó decirlo. Baltasar miró los tres instrumentos. Después las cavidades.

—Esto no era para guardarlos.

Elena comprendió.

—Era para utilizarlos.

Baltasar tomó el primero. Las doce divisiones. Aquello que habían terminado llamando, todavía con reservas:

Casas.

El segundo. Las doce formas. Los signos. El tercero. Las doce fuerzas. Planetas, luminares y nodos. Los colocó junto al cofre. Las cavidades coincidían exactamente. Lía sonrió.

—Así que todavía no estaba completo.

Elena negó.

—Las cartas sí.

Adrián entendió.

—El mazo estaba completo.

Miró el mecanismo.

—El Atlas todavía no estaba ensamblado.

Introdujeron el primer dodecaedro. Encajó. Un sonido pequeño. Metálico. El segundo. Otro sonido. El tercero. Silencio. Durante unos segundos no ocurrió nada. Baltasar estuvo a punto de protestar. Entonces los tres instrumentos descendieron simultáneamente unos milímetros.

Clac.

El sonido recorrió todo el cofre. No fue fuerte. Fue definitivo.



Las líneas doradas del interior comenzaron a iluminarse. Primero alrededor de los dodecaedros. Después avanzaron hacia las cartas. Tres trayectorias alcanzaron el centro. Instrumento. Instrumento. Carta. Y en el fondo aparecieron cuatro preguntas:

**QUÉ.
DÓNDE.
CÓMO.
QUÉ FUERZA.**

Las coordenadas. Por fin reunidas dentro de una única estructura. Baltasar contempló el mecanismo.

—Ahora sí.

Elena no respondió. Porque una sección del fondo acababa de moverse. No era el alojamiento de los instrumentos. Era una placa todavía más profunda. Hasta entonces había parecido parte estructural del cofre. Descendió lentamente. Debajo apareció una superficie negra. Sin adornos. Sin geometría. Solo texto. Adrián se inclinó. No estaba escrito en latín. No requería traducción. Las letras parecían recientes. O perfectamente conservadas. Decían:

EL ATLAS NO TERMINA CUANDO SE COMPLETA.

Silencio. Debajo apareció una segunda línea:

TERMINA CUANDO ALGUIEN SE ATREVE A CONSULTARLO.



Baltasar fue el primero en hablar.

—Eso cambia bastante las cosas.

Elena miró las cartas.

—No necesariamente.

—Tenemos setenta y ocho cartas, tres instrumentos y una frase que nos invita a utilizarlos.

—No dice «invita».

—¿Qué verbo prefieres?

—«Atreverse».

Lía observó el cofre.

—Eso es distinto.

Adrián volvió a leer:

CUANDO ALGUIEN SE ATREVE A CONSULTARLO.

No decía:

cuando alguien aprende a utilizarlo.

Ni:

cuando alguien descubre el futuro.

Ni:

cuando alguien obtiene una respuesta.

Solo:

consultarlo.

Más abajo apareció otra inscripción. Esta sí la conocían. La primera. La que había estado grabada en la torre cuando todavía no comprendían casi nada:

QUOD LATET, REGIT.

Y debajo, por primera vez, también en su lengua:

LO QUE PERMANECE OCULTO, GOBIERNA.



Ninguno habló durante un rato. Habían encontrado aquella frase al comienzo. Entonces parecía una advertencia sobre secretos. Más tarde la habían relacionado con conocimiento oculto. Con miedo. Con memoria. Con fuerzas que actuaban sin hacerse visibles. Ahora tenía otro peso. Porque habían atravesado demasiadas historias para seguir creyendo que lo oculto significaba únicamente misterio. También podía ser una intención no reconocida. Una consecuencia negada. Una herida sin nombrar. Una posibilidad no considerada. Una costumbre heredada. Una estructura aceptada sin examinarla. Un deseo. Un miedo. Una pregunta.

Lía dijo: —Quizá consultar el Atlas no consista en pedirle que revele lo que está oculto.

Elena la miró.

—¿Entonces?

—Quizá consista en obligarnos a mirar dónde podría estar actuando.

Adrián asintió lentamente.

—Sin convertirlo por eso en certeza.

Baltasar señaló los tres instrumentos.

—Y las coordenadas cambian la dirección desde la que miramos.

Elena tomó una carta al azar. No la giró.

—Qué.

Tocó el primer instrumento.

—Dónde.

El segundo.

—Cómo.

El tercero.

—Qué fuerza.

Dejó nuevamente la carta sobre la mesa.

—Nada de eso responde por nosotros.

—No —dijo Adrián.

—Pero organiza la pregunta.

—Sí.

Baltasar se sentó.

—Entonces tenemos un problema.

Lía preguntó: —¿Cuál?

—¿Quién consulta primero?

Los cuatro miraron el cofre. Nadie respondió. Durante unos segundos pareció que aquella sería la última pregunta.



Hasta que Baltasar volvió a recorrer con los dedos el borde interior. Su expresión cambió.

—Esperad.

Elena suspiró.

—¿Qué has encontrado ahora?

—No lo sé.

—Excelente.

Había una hendidura junto al mecanismo de los tres instrumentos. Muy fina. Vertical. Baltasar pasó una uña por ella. No era una grieta. Era demasiado regular. Retiró uno de los dodecaedros. La hendidura permaneció. Sacó los tres. Seguía allí. Adrián midió. No correspondía a ninguna de las cavidades. Tampoco tenía el tamaño de una carta. Ni de un fragmento conocido del mecanismo. Lía acercó una de las setenta y ocho cartas. Demasiado grande. Baltasar probó a introducirla de canto. No. Elena examinó la profundidad.

—Fue construida deliberadamente.

—Sí.

—¿Para qué?

Baltasar negó.

—No tengo idea.

Adrián buscó entre sus notas. Ningún dibujo. Ninguna referencia. Ninguna inscripción relacionada con Aelius mencionaba un cuarto instrumento. Todos los diagramas que habían encontrado mostraban la misma arquitectura:

Carta · División · Forma · Fuerza

Cuatro componentes. No cinco. Baltasar tomó una pequeña regla. Midió de nuevo.

—No corresponde a nada que tengamos.

Lía preguntó: —¿Está vacía?

—Sí.

—¿Seguro?

Baltasar volvió a observar.

—Hasta donde puedo comprobarlo.

Elena contempló la hendidura.

Después dijo: —No llenemos un vacío solo porque nos incomoda verlo vacío.

Nadie discutió. Habían tardado demasiado tiempo en aprender aquella lección. Baltasar volvió a colocar los tres dodecaedros. Los encastrés se cerraron alrededor de ellos. La pequeña hendidura permaneció al lado. Vacía. Como si siempre hubiera debido estarlo. O como si todavía esperara algo. No podían saber cuál de las dos cosas era cierta. Y, esta vez, no intentaron escoger una. Adrián buscó alguna marca. No había número. Ni letra. Ni símbolo. Nada. Por primera vez, el Atlas ofrecía un espacio sin siquiera insinuar qué debía ocuparlo.

Lía dijo: —Quizá no pertenezca a este Atlas.

Baltasar la miró.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé.

Elena sonrió.

—Déjalo así.



Cerraron el nivel interior. Después bajaron la tapa. Esta vez encajó. El cofre quedó sellado. En el exterior no apareció ninguna luz. Ninguna frase. Solo la puerta. El Sol. La Luna. La geometría. El oro antiguo. El negro. El carmesí. Todo permaneció inmóvil. Durante unos minutos, los cuatro siguieron alrededor de la mesa. El viaje había terminado. O eso parecía. Nadie tenía prisa por marcharse.

Baltasar preguntó: —¿Entonces lo consultamos?

Adrián miró a Elena. Elena, a Lía. Lía, al cofre. Nadie respondió. Todavía. Afuera comenzaba a amanecer. La primera luz atravesó la ventana y tocó el cofre. Durante un instante, el dorado del reverso de una de las cartas pareció atravesar la madera. Una puerta. Sol. Luna. Geometría. Carmesí.

Después desapareció. Adrián cerró su cuaderno. Elena recogió los últimos registros. Baltasar guardó sus herramientas. Lía fue la última en levantarse. Antes de alejarse apoyó una mano sobre el cofre. No ocurrió nada. Aquello le gustó. Cuando abandonaron la habitación, ninguno cerró la puerta. El cofre quedó dentro. Completo. Setenta y ocho cartas. Tres instrumentos. Las cuatro coordenadas del Atlas.

Y una pequeña hendidura vacía destinada a algo cuyo nombre —si es que debía tener uno— todavía desconocían.



Sobre la tapa, invisible para ellos, apareció lentamente una línea. No permaneció mucho tiempo. Solo lo suficiente para existir:

NON OMNE QUOD VACUUM EST DEEST.

Después desapareció. Podría traducirse:

NO TODO LO QUE ESTÁ VACÍO ES ALGO QUE FALTA.

O quizá tampoco aquella traducción agotaba su sentido.

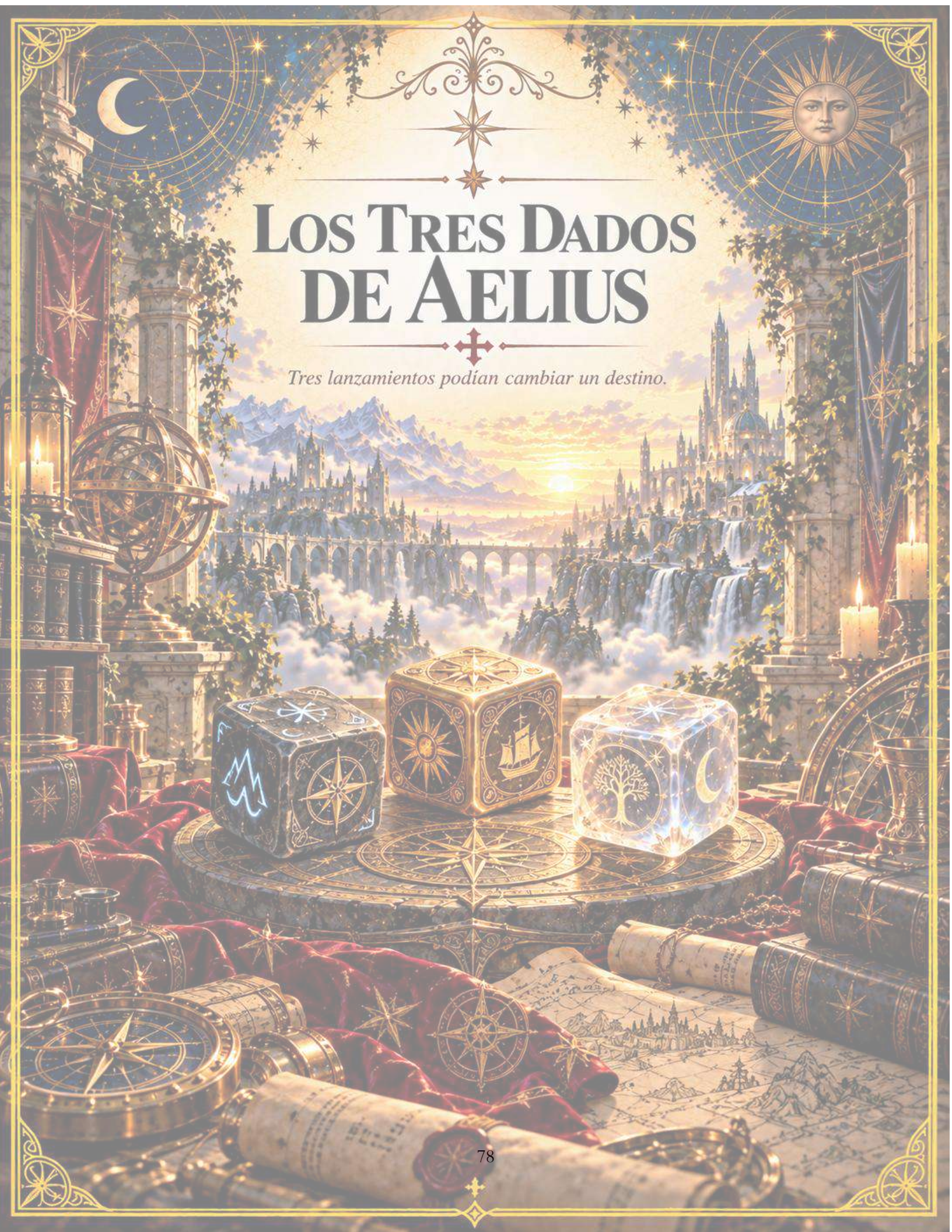


La habitación quedó en silencio. El Atlas también. No esperaba una carta nueva. Ni un cuarto instrumento. Ni una explicación final. Esperaba una pregunta. Y en algún lugar bajo la madera cerrada permanecía la frase con la que todo había comenzado:

QUOD LATET, REGIT.

LO QUE PERMANECE OCULTO, GOBIERNA.

Junto a las setenta y ocho cartas perfectamente completas, la pequeña hendidura continuó vacía. Y esta vez, por fin, vacío no significaba necesariamente incompleto.



LOS TRES DADOS DE AELIUS

Tres lanzamientos podían cambiar un destino.



**¿ELLOS
ENCONTRARON
EL ATLAS...**

**¿O EL ATLAS
LOS ESCOGIÓ
A ELLOS?**





EL ATLAS NO TERMINA
CUANDO SE COMPLETA.

TERMINA CUANDO
ALGUIEN SE ATREVE
A CONSULTARLO.

— QUOD LATET, REGIT —

Lo que permanece oculto, gobierna.

ÍNDICE



INDICE DEL ATLAS

Las rutas que ya han sido recorridas

PRÓLOGO

EL MAPA QUE NO DEBÍA EXISTIR ____

El encuentro de Adrián Vale, Lía, Baltasar Rémiz y Elena Varga.

El pergamino. Aelius. La torre imposible. El Sol y la Luna.

QUOD LATET, REGIT.

PRIMER MOVIMIENTO

LOS CAMINOS QUE TODAVÍA NO EXISTEN

PRIMER TRANSITO — LAS HUELLAS QUE NO REGRESABAN ____

CUENTO I — EL HOMBRE QUE SALIÓ SIN SABER ADÓNDE ____

0 — EL LOCO

SEGUNDO TRANSITO — LA MESA QUE BALTASAR HABÍA VISTO ANTES

CUENTO II — LA HABITACIÓN DONDE LOS OBJETOS OBEDECÍAN ____

I — EL MAGO

TERCER TRANSITO — LO QUE SOLO PODÍA LEERSE DE NOCHE ____

CUENTO III — LA BIBLIOTECA QUE SOLO ABRÍA DE NOCHE ____

II — LA SACERDOTISA

CUARTO TRANSITO — LAS SEMILLAS DENTRO DEL SOBRE ____

CUENTO IV — EL JARDÍN QUE FLORECÍA DESPUÉS DE CADA DESPEDIDA

III — LA EMPERATRIZ

QUINTO TRANSITO — LA CIUDAD QUE NO ADMITÍA CORRECCIONES

CUENTO V — LA CIUDAD QUE NUNCA CAMBIABA DE PLANO ____

IV — EL EMPERADOR

SEXTO TRANSITO — EL PEREGRINO DE LAS TRES RESPUESTAS ____

CUENTO VI — EL MAESTRO QUE HABÍA OLVIDADO SU PROPIA DOCTRINA

V — EL HIEROFANTE

PRIMERA PINCELADA DE AELIUS

LA LETRA EN EL METAL ____

PRIMER GRAN RELATO

EL REINO DE LA LLAMA

LA CIUDAD QUE ENCENDÍA SUS PROPIOS HORIZONTES ____

BASTOS — Las catorce cartas

SEGUNDO MOVIMIENTO

LOS VÍNCULOS QUE CAMBIAN EL CAMINO

SEPTIMO TRANSITO — LA CARTA QUE LLEGÓ DEMASIADO PRONTO

CUENTO VII — LA CARTA DE AMOR CON FECHA DE MAÑANA ____

VI — *LOS ENAMORADOS*

OCTAVO TRANSITO — LOS DOS CABALLOS DEL MISMO CAMINO ____

CUENTO VIII — EL VEHÍCULO QUE SOLO AVANZABA CUANDO SUS PASAJEROS DISCREPABAN ____

VII — *EL CARRO*

NOVENO TRANSITO — EL ANIMAL QUE NO HUYÓ ____

CUENTO IX — LA CRIATURA QUE NADIE CONSIGUIÓ ENCADENAR ____

VIII — *LA FUERZA*

DECIMO TRANSITO — UNA LUZ DONDE NO VIVÍA NADIE ____

CUENTO X — LA LUZ QUE LLEVABA CIEN AÑOS ENCENDIDA ____

IX — *EL ERMITAÑO*

DECIMOPRIMER TRANSITO — EL BILLETE SIN FECHA ____

CUENTO XI — LA ESTACIÓN DEL TREN SIN HORARIO ____

X — *LA RUEDA DE LA FORTUNA*

SEGUNDA PINCELADA DE AELIUS

LAS DOCE DIVISIONES ____

SEGUNDO GRAN RELATO

EL REINO DE LAS AGUAS

EL PALACIO QUE RECORDABA A QUIENES LO HABÍAN ABANDONADO ____

COPAS — *Las catorce cartas*

TERCER MOVIMIENTO

LAS VERDADES QUE CORTAN

DECIMOSEGUNDO TRANSITO — EL EXPEDIENTE SIN SENTENCIA

CUENTO XII — LA BALANZA QUE PESABA RECUERDOS ____

XI — *LA JUSTICIA*

DECIMOTERCER TRANSITO — EL MAPA QUE HABÍA QUE GIRAR ____

CUENTO XIII — LA CASA CONSTRUIDA AL REVÉS ____

XII — *EL COLGADO*

DECIOMCUARTO TRANSITO — EL PERRO DEL PUENTE ____

CUENTO XIV — EL PERRO QUE ACOMPAÑABA LAS DESPEDIDAS ____

— XIII *LA MUERTE* ____

DECIMOQUINTO TRANSITO — EL FRASCO QUE NO PODÍA ABRIRSE ANTES

CUENTO XV — EL ALQUIMISTA QUE ESPERÓ CUARENTA AÑOS ____ XIV

— *LA TEMPLANZA*

DECIMOSEXTO TRANSITO — LA LLAVE DE UNA PUERTA ABIERTA

CUENTO XVI — LA HABITACIÓN CUYA PUERTA NUNCA ESTUVO CERRADA

XV — EL DIABLO

TERCERA PINCELADA DE AELIUS

LAS DOCE FORMAS

TERCER GRAN RELATO

EL REINO DEL AIRE

LA CIUDAD DONDE TODAS LAS PREGUNTAS TENÍAN RESPUESTA

ESPADAS — Las catorce cartas

CUARTO MOVIMIENTO

CUANDO EL MUNDO SE ROMPE

DECIMOSEPTIMO TRANSITO — LA GRIETA QUE APARECÍA EN TODAS LAS FOTOGRAFÍAS ...

CUENTO XVII — EL EDIFICIO QUE LLEVABA SIGLOS CAYÉNDOSE

XVI — LA TORRE

DECIMO OCTAVO TRANSITO — LAS ESTRELLAS QUE ELENA NO CONOCÍA

CUENTO XVIII — LA MUJER QUE DIBUJABA CONSTELACIONES INEXISTENTES

XVII — LA ESTRELLA

DECIMONOVENO TRANSITO — EL SUEÑO QUE SOLO RECORDABAN REFLEJADO

CUENTO XIX — LA CIUDAD QUE TENÍA UNA CALLE MÁS EN EL REFLEJO

XVIII — LA LUNA

CUARTA PINCELADA DE AELIUS

EL TERCER INSTRUMENTO

CUARTO GRAN RELATO

EL REINO DE LA PIEDRA

LA CIUDAD CONSTRUIDA PARA SOBREVIVIR A SUS CONSTRUCTORES

OROS — Las catorce cartas

QUINTO MOVIMIENTO

LOS CIELOS PROHIBIDOS

VIGESIMO TRANSITO — EL MEDIODÍA SIN SOMBRAS

CUENTO XX — EL PUEBLO DONDE NADIE PODÍA MENTIR AL MEDIODÍA

XIX — EL SOL

VIGESIMO PRIMER TRANSITO — LA CAMPANA QUE SOLO OYÓ UNO DE ELLOS

.....
CUENTO XXI — LA CAMPANA QUE ESCUCHABAN QUIENES TODAVÍA DEBÍAN
UNA RESPUESTA

XX — EL JUICIO

ÚLTIMO TRANSITO

EL LUGAR QUE YA HABÍAN VISITADO

CUENTO XXII — LA HABITACIÓN QUE CONTENÍA TODOS LOS LUGARES
ANTERIORES

XXI — EL MUNDO

78 DE 78 — EL ATLAS ESTÁ COMPLETO

ÚLTIMA PINCELADA DE AELIUS

EL FORJADOR QUE NUNCA DEJÓ UN ROSTRO

Las coordenadas del Atlas

LA CARTA — QUÉ

LA CASA — DÓNDE

EL SIGNO — CÓMO

EL ASTRO — QUÉ FUERZA

EPÍLOGO

EL COFRE COMPLETO

LOS TRES DADOS DE AELIUS

EL ATLAS NO TERMINA CUANDO SE COMPLETA.

TERMINA CUANDO ALGUIEN SE ATREVE A CONSULTARLO.

QUOD LATET, REGIT

Lo que permanece oculto, gobierna.

